El Muérdago que nos Unió



Carlie Leblanc

El Muérdago que nos unió.

Primera edición 2025

© Carlie Leblanc

Todos los derechos reservados.

Corrección: Aixa de Alsina

Diseño de portada digital: Nadine Garces

Imágenes interiores: © Canva

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, así como su distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin autorización previa del titular de los derechos de autor.

Para ti, que esperas el año nuevo debajo de la mesa con la esperanza de conseguir a tu propio personaje literario.

EL MUÉRDAGO QUE NOS UNIÓ

Carlie Leblanc

SINOPSIS

Chloe y Maxwell se conocen desde niños, fueron prometidos al llegar a la adolescencia y mantienen un matrimonio aparentemente hermoso en la adultez.

Eso es lo que se ve desde afuera. Dentro de su casa, la realidad se asemeja más a una tormenta de nieve que lo ha congelado todo.

Decepcionada por la primera Navidad en su hogar, Chloe decide irse a la cabaña de su familia junto a su mascota. Lo que no espera es que su esposo se una a esas vacaciones improvisadas.

Un matrimonio difícil, encerrado en una acogedora cabaña en un pueblo casi sepultado por la nieve, podría resolver todos sus problemas… o, al menos, una parte de ellos.

PRÓLOGO

Chloe Hazethorn



22 de diciembre de 2022

—¿A quién se le ocurre planear un viaje en vísperas de Nochebuena?

Cruzo los brazos sobre mi pecho mirando la maleta oscura que *mi esposo* arrastra por el pasillo desde nuestra habitación.

—Al trabajo no le importan las festividades, Chloe.

—El trabajo es solo eso, trabajo, puede esperar unas horas para que asistas a algunas fiestas, y créeme que no se va a esfumar.

—¿Eso piensas? —Arquea las cejas, deteniéndose en la sala y tomando su abrigo. Desliza los brazos dentro de las mangas y lo abotona a la altura de su abdomen.

Dejo que el silencio llene la sala estéril de nuestra casa. Faltan tres días para Navidad y decidí no poner ninguna decoración porque siento que tiene poco sentido.

—¿Así que solo te olvidas de que tienes una casa y viajas por trabajo en una fecha en la que nadie planea estar trabajando?

—Yo lo hago —simplifica, levantando un hombro.

—¿Qué le digo a tus padres cuando pregunten? —Llevo una mano a mi cabello caminando hacia el sofá para sentarme y flexiono mis rodillas contra mi pecho.

—Diles que no es asunto suyo. —Pasa una mano por su cabello rubio y desliza su celular en el bolsillo interior de su chaqueta.

—No haré eso.

—Entonces diles la verdad: que estoy trabajando —propone, sin mucho aspaviento, evidentemente sin reparar en lo absurdo que suena eso.

—No lo haré.

—Pues haz lo que quieras.

—O puedes simplemente comportarte como una persona normal y pasar las fiestas en tu casa —ofrezco, alzando las cejas.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Qué es lo que quieres, Chloe? —Suelta un suspiro y tiene el descaro de parecer cansado de esta discusión, porque esa es la única forma de llamar a esta absurda conversación.

Tenso los labios en una línea, desviando la vista por la sala hasta encontrar a mi mascota mordiendo un juguete en su cesta de la sala.

—Quiero evitar que mi familia y la tuya me miren con lástima cuando les diga que estás en un viaje en plenas fiestas, Maxwell —admito como si no fuera obvio.

—Es simple, no contestes sus llamadas. Nuestra casa ya no es su asunto.

No es tan fácil, pero él no lo entendería.

Me quedo en mi lugar en el sofá cuando él arrastra su maleta hacia la puerta.

—¿Al menos puedes regresar en Nochebuena? —Me devuelve la mirada desde la salida. Aclaro mi garganta antes de añadir—:

Nuestros padres probablemente esperan que busquemos nuestros regalos al día siguiente.

—Puedes ir si quieres…

—No iré sola y no voy a traer tus regalos. Se supone que tú debes recibirlos —expreso exasperada, como casi siempre me siento en nuestras conversaciones, pero él nunca parece notarlo o tal vez simplemente no le importa.

—¿Para qué nos guardarían regalos?

—¿Puedes o no? —Mis dedos retuercen la alianza de matrimonio en mi dedo mientras espero una respuesta.

Di que sí, di que sí.

—Lo intentaré —zanja, abriendo la puerta—. Nos vemos el lunes.

En cuanto la puerta se cierra a su espalda, suelto un grito de frustración y golpeo los cojines con las palmas.

1. UNA TRISTE NOCHEBUENA

Chloe Hazethorn



24 de diciembre de 2022

Parecía apropiado que terminara llorando en Nochebuena, luego de rechazar la invitación de mis padres para ir a cenar con ellos.

Pero yo ahora era una mujer *casada*.

Con veintitrés años, ya era lo suficientemente madura para casarme según mis padres, aunque tampoco me quejé cuando me avisaron sobre el compromiso, así que yo también tenía algo de culpa.

Sabía que, aunque mi madre me invitó a pasar esta noche con ellos, esperaba que me negara por la misma razón: no era apropiado que mi esposo encontrara nuestro hogar vacío cuando regresara de su viaje de negocio.

Así que elegí mentir.

Le dije a mi madre que Maxwell y yo cenaríamos esta noche solos en nuestra casa, le dije a mis amigas que planeaba un gran banquete para luego sentarnos en pijama a ver películas ridículas y cursis de Navidad en nuestro hogar.

«Mentiras, mentiras, mentiras»

No sé si es lo correcto, pero al menos me evitaría los comentarios de compasión sobre nuestro complicado matrimonio.

Desde mi lugar, sentada sobre la alfombra de la sala, observé la mesa puesta. Las velas encendidas y las copas colocadas en nuestros lugares, porque hasta el último momento esperé que él realmente lo intentara.

Mantuve la esperanza de que recordara que yo seguía aquí, que era su esposa y que estaba sola en casa, esperando por él como siempre.

Y ahora estaba cansada de esperar.

¿Quién trabajaba en Nochebuena hasta más allá del horario laboral? Mi esposo, por supuesto.

Este hecho horrible hizo arder mi pecho de decepción, pero la sensación fue aplastada por el creciente pánico que me atenazó la piel al escuchar el quejido de Muérdago, mi cachorro.

Sollocé al verlo retorcerse frente a mí, la impotencia abriéndome un hueco en el estómago.

Era casi medianoche ahora, no había ninguna veterinaria abierta y había recorrido varios kilómetros en mi auto desde las siete de la tarde, pero no encontré ningún lugar donde pudieran atenderlo.

Volví a sollozar más fuerte esta vez cuando *Muérdago*, el pastor alemán casi completamente negro —porque era una mezcla con otra raza que nadie nunca supo cuál era—, se quejó nuevamente.

—Por favor, no llores, te prometo que mañana buscaré quien te ayude. —Lloro con él, acariciando su cuello.

Supuse que algo le había caído mal, tragó algo que no debía o tal vez los vecinos que odiaban los animales habían puesto algo en la calle para que se envenenara; tal vez me había olvidado de alguna vacuna. No podía pensar demasiado en este momento, pero él estaba mal y yo no sabía cómo hacerlo sentir mejor.

El llanto me atascó la garganta mientras desviaba la vista alrededor.

Todavía no me acostumbraba al tamaño de la casa, cuando me casé no pensé demasiado en ello, pero *él* ya había pensado en todo e internamente lo agradecí.

Nuestro matrimonio no estaba destinado a un final feliz ningún día; simplemente estaba planeado desde mucho antes de que lo supiéramos.

Para mis padres, los Hazethorn, lograr que su hija contrajera matrimonio con el hijo mayor de los *Densmore* les aseguraba el estatus. Para los Densmore —los padres de mi esposo—, hacer que su hijo se casara con la única hija de los Hazethorn les garantizaba el camino a ser un imperio inderrotable en un mercado tan demandante como la tecnología. Sin embargo, nada de esto había sido repentino.

Conocí a *Maxwell Densmore* cuando él tenía once años, yo acababa de cumplir ocho. Había una fiesta en casa de su abuela, tuve un incidente en el jardín y terminé empapada por los aspersores. Él me ofreció su chaqueta para que mamá no me regañara.

La segunda vez, yo tenía diez y él trece. Iríamos a la misma escuela, así que finalmente le devolví la chaqueta que había guardado y nunca tuve ocasión de regresarle.

Desde ese día nos hicimos amigos. Éramos completamente opuestos, pero funcionábamos y durante muchos años nuestra amistad se profundizó lo suficiente como para que incluso nuestros padres se hicieran todavía más cercanos.

No sabíamos lo que habían planeado a raíz de lo que para él y para mí no era más que amistad.

Cuando cumplí quince y Maxwell estaba a pocos días de alcanzar la mayoría de edad, nuestros padres decidieron revelarnos sus planes: nos comprometeríamos en cuanto yo cumpliera la mayoría de edad. Supuse que eso no era tan malo y creo que a Max tampoco le molestó, simplemente seguimos siendo amigos sin pensar en el

compromiso e incluso nos olvidamos de ello por un buen tiempo. Al menos hasta que cumplí los dieciocho y llegó el momento de hacerlo oficial.

Una puerta suena a los lejos y yo llevo mis manos a mi rostro para intentar deshacerme de las lágrimas, pensé que seguiría en su viaje o iría a otro lado, como la empresa, al igual que tantas noches anteriores.

A pesar de mis intentos por dejar de llorar, para no mostrarme como un desastre frente a él, no pude evitar el sollozo que me abandonó cuando Muérdago se quejó.

—¿Chloe? —pregunta desde la puerta, pero no respondo, y clavo los ojos en los oscuros de Muérdago. Escucho sus pasos acercarse hasta que su sombra cae sobre mí—. ¿Qué está pasando?

—Pensé que no llegarías hoy. —Sollozo, pasando una mano bajo mi nariz.

—Adelantamos el viaje… ¿Me puedes explicar qué haces ahí? ¿Qué le pasa a Muérdago?

—No lo sé. —Trago a través del nudo en mi garganta para evitar que escuchara mi voz rota, como lo estaba haciendo mi corazón desde que mi mascota comenzó a quejarse hace unas horas—. Estaba bien, le di su comida, lo llevé a pasear… y luego simplemente lo llamé y nunca vino, lo encontré en el jardín quejándose y no sé qué tiene o qué le duele. —Aprieto mis dedos en torno a mi abrigo —. Salí a buscar un veterinario y no encontré ninguna clínica abierta por las fechas, todos los lugares estaban cerrados y ya no supe qué hacer.

—¿Es alérgico a algo? —Sacudo la cabeza negando sin saber si me está mirando, pero no puedo dejar de ver a mi mascota, no quiero que sienta que lo dejo solo—. ¿Qué crees que pueda ser?

—No lo sé, tiene todas sus vacunas, no olvido nada sobre él y no dejo que coma cosas mientras paseamos porque sé que hay gente

cruel en todas partes… No sé qué tiene —lloriqueo a la vez que intento secar mis lágrimas.

Intento mantener la compostura, porque entre todos los consejos que mamá me dio antes de la boda estaba el hecho de que a mi esposo no le importa lo que me suceda, cuando llegue cansado solo tengo que ofrecerle un hogar, mi compañía y no sé cuántas cosas más.

Y no es que estuviera completamente de acuerdo con ella en muchos de esos consejos, pero tampoco estaba muy alejada de la realidad cuando los dijo. Desde nuestra boda no ha habido un día que Maxwell deje de trabajar, la empresa de sus padres es su vida, el matrimonio está probablemente en tercer lugar si no es que está más abajo.

No esperaba que fuéramos un cuento de hadas, el hecho de que él se alejara en cuánto nuestro compromiso se hizo oficial hace cinco años, fue suficiente señal de que él no estaba feliz con esto.

—Probablemente es solo un virus, Chloe, ya se le pasará —replica Max con un suspiro.

—¿Un virus? Míralo, está sufriendo, algo le duele y no puedo ayudarlo. —Hundiendo mis dedos en el suave pelaje oscuro de Muérdago me obligo a mantener el llanto a raya antes de mirar a mi esposo.

Está en mi campo de visión ahora, con su abrigo negro, porque ha estado nevando, y su traje completo de tres piezas debajo, luce tan atractivo como siempre; en ese aspecto no me podía quejar.

Mis padres me habían elegido un esposo atractivo.

Desde la adolescencia Maxwell ha sido el tipo de hombre que las mujeres voltean a mirar en la calle: alto, de cabello rubio cenizo y ojos grisáceos; fuertes brazos siempre envueltos en sus camisas a la medida y una complexión delgada perfectamente trabajada y proporcional a su tamaño.

Él siempre ha sido un festín a la vista.

—Estará bien, solo… déjalo descansar. —Sus palabras se deslizaron bajo los bordes de la poca cordura que me queda solo para disparar algo que normalmente no le había mostrado desde que nos casamos hace nueve meses.

—¿Te parece que puede descansar en este estado? No seas imbécil, Maxwell —espeto antes de poder evitarlo, sentí su desconcierto incluso sin estar mirándolo ahora.

—Chloe, estará bien, no hagas de esto…

—¿Qué? ¿Un drama? Por supuesto, cualquier cosa que no tenga que ver con tu maldito trabajo o dinero es un drama. —Me pongo de pie, sintiendo la piel ardiendo, al mismo tiempo que el frío me recorre la espalda y una sensación de descontrol me invade al instante.

—Iba a decir un asunto más grande de lo que es, pero drama también funciona —declara, quitándose el abrigo para colocarlo sobre el respaldo del sofá antes de hacer lo mismo con su saco.

Lo enfrento, clavando mis uñas en mis palmas. Sus cejas se fruncen con desconcierto al ver mi cara, probablemente hinchada por el llanto y cubierta de lágrimas.

Él no lo entiende, ni se preocupa por hacerlo, y no soporto la forma en que eso me hace sentir.

Tampoco se trata de su actitud de mierda.

Se trata de todas las celebraciones que he perdido por estar aquí esperándolo mientras él está en la oficina. Se trata de que es la primera Nochebuena lejos de mi familia y no solo tengo que soportar la soledad porque él no se preocupó por pensar en qué haría o incluirme en sus planes, si tenía alguno; sino que también tengo que soportarlo llamándome dramática ahora.

—¿Sabes qué? Púdrete, Maxwell, estoy cansada de esta mierda de matrimonio.

—Chloe…

—Si no tienes algo productivo para decir solo quédate callado o vete a la mierda, de todas formas, cualquier cosa que diga es solo un drama, ¿no?

—Ya no tienes dieciséis, Chloe, no puedes creer que vas a resolver todo con un berrinche.

—¡Tienes razón! No tengo dieciséis, pero no sabes cuanto deseo regresar a ese momento de mi vida para negarme a caer en este maldito infierno contigo. —Mis ojos se cristalizan nuevamente a pesar de que pensé que ya me había deshecho del llanto—. ¿Para qué querría estar en un matrimonio donde mi esposo no se preocupa por hacer que Navidad sea bueno para mí? Ni siquiera porque es la primera Nochebuena lejos de mi familia y sabías que podía sentirme como una mierda.

—Tú tampoco…

—No solo tengo que aguantar tus olvidos y desplantes, además de tener que pasar Navidad sola, también tengo que ver sufrir al único amigo que puedo tener en estas malditas paredes porque, según tú, solo necesita descansar. —Me sostiene la mirada por varios segundos que se sienten eternos y su garganta se mueve cuando traga.

—Odias la Navidad, Chloe —atina a decir y yo lo observo, respirando profundo para no llevarlo al tercer piso de la casa y arrojarlo desde allí.

Al final, solo me río sin ninguna gracia entre lágrimas.

—No encontraste una excusa más estúpida, ¿cierto? —Mis hombros se hunden cuando Muérdago se queja nuevamente y regreso al suelo para acariciarle detrás de las orejas—. Lo siento, bebé, por favor aguanta hasta mañana. —Le acaricio bajo el hocico, el vientre, beso su cabeza y vuelvo a llorar—. Te prometo que te llevaré al parque, para que no solo conozcas este vecindario de

mierda ni seas tan infeliz como yo, pero por favor, no me dejes tú también —susurro cerca de su oreja.

Escucho los pasos de Max alejarse y agradezco internamente que simplemente me ignore y me dé privacidad, sin embargo, pocos minutos después lo escucho regresar.

—Ponte tu abrigo.

—¿Qué? —Lo miro cuando se acerca con una manta—. ¿Qué estás…? —Se inclina sobre Muérdago, envolviéndolo con la tela y lo levanta contra su pecho.

—Trae las llaves del auto.

—Ya busqué dónde llevarlo y no había ningún veterinario… —Me ignora y comienza a caminar hacia la puerta.

—Toma tu abrigo y trae las llaves, Chloe.

Y a pesar de que no tengo esperanzas sobre esto, obedezco con un suspiro.

2. INTERPRETAR EL SILENCIO

Chloe Hazethorn



—¿A dónde vamos?

Ocupo el asiento del copiloto mirando constantemente hacia atrás dónde Muérdago vuelve a quejarse. Salimos hace tres minutos y el silencio se siente pesado.

—Rocco va a atenderlo. —Algo de alivio se mete bajo mi piel y limpio mis mejillas de las lágrimas secas de hace unos minutos.

No sé quién es Rocco, no sé si es veterinario o qué puede hacer por nosotros, pero si va a ayudar a Muérdago, entonces no me importa si acaba de venir de otro planeta.

—Es Navidad, no hay ningún lugar…

—Lo atenderá, Chloe —revira con la voz contenida. Muerdo el interior de mi mejilla y casi tengo la tentación de disculparme por mi arranque de hace unos minutos, pero me niego a hacerlo por mí misma.

Hemos estado casados nueve meses, pero ese no ha sido el inicio de los desplantes de Maxwell conmigo, de hecho, su distancia se hizo evidente la noche después de que se anunciara nuestro compromiso hace más de cinco años.

Hice todo lo posible por posponerlo: elegí una carrera de cuatro años, retrasé materias —porque el trato era que nos casaríamos en cuánto yo me graduara—, me fui de viaje por tres meses como

regalo de graduación; todo buscando que Maxwell tomara la decisión de romper nuestro compromiso.

No lo hizo.

Él ni siquiera se mostró en contra de ello, pero supuse que el hecho de que prácticamente rompió nuestra amistad en cuánto tuvo que colocar ese anillo en mi dedo, fue suficiente señal de lo infeliz que era con esto.

Y los siguientes cinco años se volvió casi completamente ausente. Envió regalos por mis cumpleaños, flores en San Valentín, y apareció a mi lado en las fiestas de mis padres o los suyos, pero nada más.

—¿Quién es Rocco? —cuestiono para llenar el silencio mientras él conduce y no puedo dejar de mirar constantemente a Muérdago. Extiendo una mano de vez en cuando para acariciarlo.

—Es un amigo, estuvo en la boda. —Siento que me mira de reojo, pero lo ignoro porque probablemente espera que yo recuerde haber visto al hombre.

No tengo idea de quién es.

—¿Cómo sabes que está trabajando ahora?

—No está trabajando, lo llamé para que atienda a Muérdago. —Trago saliva para aliviar el nudo que se instala en mi garganta y me enderezo en mi asiento para mirar mis manos en mi regazo.

—¿Por qué?

—Pasarías la noche llorando, Chloe. —Aprieto mis labios en una línea. Por supuesto, no puedo molestar su preciado sueño luego de un largo viaje de trabajo, lo cual entiendo, aunque me desespere su comportamiento—. Pensé que irías a cenar con tus padres. Irina me dijo que te había invitado.

—No es apropiado, se supone que debíamos pasar Nochebuena juntos, y tú dijiste que no irías.

—¿Dije que no iría? —Por el tono confundido que emplea puedo adivinar su ceño fruncido a pesar de que no le estoy mirando.

—Te lo dije el martes en el desayuno, dijiste que estarías ocupado.

—No recue… —Se detiene unos segundos antes de completar la frase y suelta un suspiro—. No estaba hablando contigo.

—¿Qué?

—Tenía el auricular, estaba hablando con mamá. —Muerdo mi labio inferior mirándolo, mi propio ceño frunciéndose mientras aprieto mis dedos entre sí en mi regazo.

—Lo que significa que ni siquiera puedo esperar que me prestes atención cuando hablo porque tampoco lo haces —murmuro.

—Te habías quedado en silencio y entró la llamada, no la escuchaste por el auricular, y cuando volviste a hablar, mamá me preguntó si cenaría con ellos…

No respondo, simplemente desvío la vista hacia la ventana para ver los bordes de la calle cubiertos de la nieve que arrastraron esta tarde para limpiarla, pero ha vuelto a caer, aunque ha disminuido.

—Pensé que tu viaje era hasta el veintiséis —musito, sintiendo las espinas clavándose en mi garganta.

—Es Nochebuena, ¿no querías que regresara antes de Navidad? —Presiono mi lengua contra mis dientes para evitar contratacarlo—. Mi madre también dijo que debería haber vuelto antes.

—Supongo que debo agradecer que incluso mi suegra sienta lástima por mí.

—Chloe, esto es…

—Sé que no estamos siendo un matrimonio normal, pero es Nochebuena, Maxwell.

—Podías ir con tus padres.

—¡No quiero ir con mis padres! —Alzo la voz sin pretenderlo, por lo que tomo una respiración profunda para calmarme—. ¿Por qué no fuiste con los tuyos?

—Porque no vendrías conmigo.

—¿Y no pensaste en venir temprano para que eligiéramos a dónde ir o qué hacer en la casa? —Maxwell ya se está estacionando frente a una clínica veterinaria que reconozco porque vine hace unas horas y estaba cerrado al igual que las demás, tampoco es que haya demasiadas en la ciudad.

—Hablaremos de eso más tarde —manifiesta antes de salir. Suelto un suspiro, empujo mi cabello hacia atrás y lo imito saliendo del auto, una ventisca fría y la llovizna helada que reemplaza la nieve me golpean al mismo tiempo.

La clínica ahora tiene una sola puerta abierta, puedo ver una bombilla encendida al otro lado del cristal y el cartel en la puerta todavía dice «cerrado», pero evidentemente hay alguien dentro.

Golpeo con mis nudillos y un moreno alto que estoy segura de que nunca he visto en mi vida, aparece en mi campo de visión.

—¡Chloe, ya llegaron! Feliz Navidad.

Le sonrío incómodamente, pasando mi peso de un pie al otro sobre la acera.

—Feliz Navidad, ¿Rocco? —Él asiente, desplegando una sonrisa medio divertida—. Lamento mucho arruinar tu noche.

—Oh, no te preocupes por eso, siempre estoy disponible para ayudar a mis amigos. —Le sonrío un poco más, ahogando la voz en mi cabeza que menciona que no somos amigos, pero supongo que él habla de Maxwell, así que técnicamente no está equivocado—. Y Max me mataría si no lo ayudara para hacerte feliz.

En esto sí podría estar equivocado, pero tampoco respondo nada.

Maxwell se acerca cargando a mi mascota nuevamente y Rocco se hace a un lado para dejarlo pasar. Lo sigo de cerca, apretando mis manos bajo mis brazos al cruzarlos.

—Entonces, ¿cuáles son los síntomas que presenta… Muérdago? —Le mira la medalla que cuelga en el cuello de mi mascota.

Le explico tanto como puedo de la situación, sintiendo mis ojos cristalizarse nuevamente, él le acaricia el cuello a mi mascota que no ha dejado de quejarse y luego Maxwell y yo salimos a la sala de espera.

Durante los primeros diez minutos camino de un lado al otro por el pasillo, froto mi cuello con mi palma, ato mi cabello en lo alto de mi cabeza y muerdo los bordes de mis uñas arruinando el esmalte blanco.

—Siéntate, Chloe.

—¿Qué pasa si Muérdago se muere? —cuestiono desesperada.

—No sucederá —concede, palmeando el asiento a su lado. No puedo sentarme, no puedo dejar de imaginar escenarios en los que Rocco sale para decir que el diagnóstico de Muérdago es grave—. Ven a sentarte un momento, Chloe.

—Solo… déjame.

Continúo dando pasos apresurados de un extremo a otro, intentando hacer a un lado la preocupación que me hunde el estómago.

—Lamento no haberte acompañado a la cena con tus padres —ofrece Maxwell después de unos minutos y su voz hace eco en el pasillo. Me aclaro la garganta.

—Ya no importa, no planeaba ir de todas formas. —No menciono la cena que preparé para nosotros, estoy segura de que ni siquiera notó la mesa puesta—. Al menos me hubieras vuelto a preguntar.

—Lo siento, interpreté el silencio como si no quisieras que fuera contigo. —Un suspiro abandona mis labios y mis hombros se hunden.

¿A eso se reduce nuestro matrimonio ante sus ojos?

¿Ignorarme mientras habla por un auricular?

¿Poner palabras en mi silencio para no hablar conmigo?

—¿Haces mucho eso? —cuestiono, frunciendo las cejas.

—¿Qué?

—Interpretar cosas sobre mí. El silencio, por ejemplo.

—Creo que sí. —Desvío la vista hacia la puerta de la habitación donde se encuentra Muérdago en una camilla mientras Rocco lo revisa.

—¿Así fue como concluiste que odio la Navidad? —me burlo, parpadeando para evitar las lágrimas que se acumulan tras mis párpados.

—Mientras estuvimos comprometidos nunca aceptaste mi invitación a pasarla con mis padres a pesar de que los tuyos siempre me alentaron a hacerlo.

Claro que no lo haría, todas sus invitaciones venían con "mis padres dijeron", era obvio que solo quería hacerlos felices a ellos. Yo solo sería una intrusa en las celebraciones de su familia.

—No quería hacerlo incómodo para ti, ya era bastante evidente que no querías relacionarte demasiado conmigo, arruinar las Navidades con tu familia habría sido horrible —admito con una risa seca justo cuando Rocco sale de la habitación.

—¿Estás segura de que Muérdago no ingirió nada cuando lo llevaste a pasear?

—Estoy segura.

—Muérdago tragó un objeto puntiagudo, es pequeño, asumo que podría ser un pendiente, pero al parecer se quedó alojado en cierta parte de su estómago.

—Hoy no…

—Pudo ser antes, si solo se alojó allí y no le había molestado no podías haberte dado cuenta, quizás algún alimento lo removió ahora —explica el moreno, juntando sus manos—. Planeaba provocar la expulsión naturalmente, pero si no ha sucedido es porque de seguro el objeto no tiene forma de hacerlo, así que iremos por la extracción, pero esto será mañana temprano, y en la tarde podrás llevarlo contigo…

—Esperaré aquí.

—Chloe. —Escucho a Maxwell protestar. Rocco me ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—No tienes que preocuparte, no voy a dejar a Muérdago solo.

—No importa, me quedaré —aseguro tercamente.

—No lo hará —masculla Maxwell, poniéndose de pie—. Nos vamos y volveremos mañana por Muérdago.

—No, vete tú. —Lo enfrento, cruzando los brazos sobre el pecho. Él arquea una ceja ante el tono tajante que utilizo. Me obligo a suavizar mi actitud frente a su amigo—. Tú estás cansado por tu viaje de trabajo —enfatizo las últimas palabras—, pero yo no. Me quedaré hasta que Muérdago pueda venir conmigo.

—Chloe, no quiero ser descortés, pero es mejor que vayas a casa —interviene Rocco—. No dejaré a Muérdago solo, pero yo sí tengo un lugar donde dormir aquí, no sería muy caballeroso de mi parte dejar que duermas en el pasillo, y dudo que a Maxwell le guste la idea de que duermas conmigo —bromea con una sonrisa ladeada.

No creo que a Maxwell le importe, pero suelta un resoplido para disimularlo.

—No puedo… —Comienzo a protestar y Rocco vuelve a intervenir.

—Mañana a primera hora las puertas estarán abiertas para ti, mi asistente vendrá, realizaremos la extracción y podrás llevarte a Muérdago en cuanto terminemos. Pero créeme que no será agradable que duermas aquí mientras Muérdago y yo estamos cómodos.

—Por favor, solo…

—Chloe, basta —exige Maxwell. Mi ceño se frunce mientras volteo a verlo—. Dijiste que querías ir por los regalos en casa de nuestros padres.

—Ya no importa, no querías ir de todas formas.

—Lo que sea. Tenemos que irnos, mañana vendremos temprano —le informa a su amigo. Me muerdo la lengua para evitar volver a protestar.

—Aquí estaremos. —Rocco sonríe con tranquilidad—. Sé que estás preocupada, Chloe, pero te prometo que Muérdago estará como nuevo mañana.

—Por favor, no lo dejes solo.

—No lo haré. Buenas noches. —Coloca una mano en mi hombro para tranquilizarme, aunque no lo logra.

No quiero irme, pero cuando Maxwell toma mi mano y tira de mí hacia la puerta, me dejo llevar. Me deslizo a su lado cuando ocupa su lugar tras el volante y lo dejo llevarme a casa en un silencio asfixiante.

3. UNA CASA VACÍA EN NAVIDAD

Maxwell Densmore



Mi esposa es un enigma para mí.

Chloe Hazethorn y yo nos casamos hace nueve meses, pero incluso antes de eso ya era alguien a quien nunca pude descifrar. Incluso hace casi seis años, cuando solía decir que sabía todo sobre ella gracias a nuestra amistad, en el fondo todavía sentía que no la conocía en lo absoluto. No en el mal sentido, claro; simplemente, ella siempre fue una caja de sorpresas.

Desde entonces han pasado muchas cosas.

—¿Cuál es tu problema? —cuestiona, dejando su abrigo sobre el sofá en cuanto entramos en la casa—. ¿No podías volver solo y dejarme con él?

—¿Dejarte con Rocco? —Arqueo una de mis cejas. Lleva sus manos a sus caderas y suelta una risa irónica.

—Dejarme con Muérdago —responde exasperada, hunde sus dedos en su cabello y se masajea las sienes—. Ni siquiera recuerdo haber visto a ese hombre en la boda.

—Eres mi esposa, Chloe, no iba a dejarte sola allí. —Resopla, sentándose en el sofá para quitarse las botas.

—Es increíble que ni siquiera notes lo absurdo que suena eso. —Abro la boca para responder que no lo es, pero mi atención se ve eclipsada por la vista del comedor desde mi lugar.

Mis cejas se fruncen al tiempo que evalúo lo que veo.

La mesa está puesta, *para dos*. Flores, manteles con decoraciones navideñas, velas rojas que ya se han derretido en candelabros dorados, copas, una botella de vino, frutas en el centro, bandejas cubiertas y jarras con dulces.

—Chloe… —Se da cuenta de lo que veo y tensa los labios juntos.

—Ya no importa, todo se enfrió. —No sé si está hablando de la comida o de este momento porque puedo sentir el frío del arrepentimiento recorriéndome la espalda.

Pensé que ella iría con sus padres, a pesar de que yo no estaba, ella siempre había sido muy familiar y solo mencionó que quería que regresara hoy para no ir sola a buscar sus regalos mañana. No dijo nada sobre alguna cena.

—Lo siento, no me dijiste…

—Es nuestra primera Navidad casados, Maxwell, una pareja normal habría hecho algo especial. —Sacude la cabeza cuando la miro—. Pero, como siempre, parece que esperé demasiado.

—Chloe…

—Buenas noches. —Me ignora mientras sube las escaleras, luego escucho el portazo en nuestra habitación.

Nunca pensé que este matrimonio hiciera a Chloe tan infeliz como mencionó hace unas horas. Sé que luego de nuestro compromiso ambos encontramos formas de alejarnos. Nuestra amistad —que había crecido desde que teníamos diez y trece años—, se fracturó tanto por la distancia como por el peso sobre nuestros hombros hasta cumplir con lo estipulado.

Decidí darle su espacio desde el momento en que tuve que poner ese anillo en su dedo. Actualmente, pasa mucho tiempo en su estudio diseñando prendas o viendo documentales de moda, además de practicar sus diseños una y otra vez hasta que se siente satisfecha. No sale mucho y, por lo general, incluso habla poco por

teléfono. Es la única hija de los Hazethorn, por lo que pensé que estaba bien que fuera así. Pero está claro que me equivoqué.

Presiono los dedos sobre el tabique de mi nariz, sintiendo cómo el cansancio de este día comienza a pasarme factura. Me quito el abrigo y recojo la mesa, guardo la comida en el refrigerador, arrepintiéndome de haber asistido a la reunión que retrasó mi vuelo.

Chloe no es fanática de la cocina, pero es bastante obvio que se esmeró en cada plato para esta noche, y *yo ni siquiera llegué a tiempo*.

En cuanto termino, subo las escaleras hacia nuestra habitación, en la que apenas hemos hablado desde que nos casamos.

Ya se encuentra bajo las sábanas, pero sé que sigue despierta debido al eco de su respiración en el silencio. Me siento en el borde opuesto de donde se encuentra y aclaro mi garganta.

—Lamento no haber llegado a tiempo para la cena. —Se remueve en su lugar, estirando las sábanas más arriba, casi cubriendo toda su cara—. Entiendo que estés enojada.

—No lo estoy, ya no me importa —susurra, *evidentemente* enojada.

—Si quieres podemos cenar mañana —ofrezco. Su respuesta es el silencio—. Te acompañaré a casa de tus padres y luego podemos calentar la cena que hiciste.

—Ya no me interesa cenar, puedes mantener tu agenda de trabajo para mañana.

—Chloe, estoy intentando arreglar…

—¡No quiero que arregles nada! —grita y se levanta para huir al baño.

Me rindo, porque no tengo suficientes neuronas descansadas como para pensar en una buena forma de arreglarlo, sobre todo cuando está preocupada por Muérdago.

Me ducho en el baño del pasillo y me cambio por mi ropa de dormir antes de ocupar mi lugar en la cama. El espacio es tan grande que nunca nos hemos tocado mientras dormimos, y rara vez nos hemos dado los buenos días al despertar porque uno de nosotros se levanta primero.

El cansancio del viaje me pasa factura por lo que, cuando despierto, Chloe ya no está en la casa. Supongo que se fue a la veterinaria así que me visto para alcanzarla, pero primero voy al trabajo. Adelanto algunos pendientes de los próximos días para evitar interrupciones, cosa que no pensé que me llevaría mucho tiempo, pero lo hace.

Para cuando salgo directo a la veterinaria son más de las dos de la tarde. Rocco está cerrando la clínica.

—Max, ¿cómo está todo? —Palmea mi hombro.

—Bien, ¿Chloe estuvo aquí? —Mi amigo sonríe y sacude un poco la cabeza.

—Sí, se fue hace una hora. Todo salió bien con Muérdago.

—Gracias, lamento haberte molestado ayer.

—No te preocupes, me sirvió para evitar a mamá y sus incómodas preguntas sobre mi compromiso fallido en plena Navidad.

—¿Todavía no lo supera?

—No lo hará hasta que me case. —Rueda los ojos y frota sus manos enguantadas—. Quería decirte que Chloe insistió en pagar, aunque le dije que no era necesario, puedo devolverte…

—No te preocupes, déjalo así.

—Perfecto. Feliz Navidad y felices vacaciones. —Sacude una mano en forma de despedida y camina rápidamente hacia su auto para refugiarse del frío. Hago lo mismo, soltando un suspiro y conduzco directo a casa.

Normalmente cuando llego temprano puedo escuchar a Chloe hablando con Muérdago, a veces regañándolo por alguna travesura en el patio o contándole cosas al azar; a veces hay música puesta en su celular o el televisor. Excepto por las veces en que me avisa que ha salido, nunca ha sido diferente. Hasta hoy.

El silencio me recibe en cuanto entro. No escucho la voz de Chloe ni los dientes de Muérdago destrozando algún juguete, no escucho los pasos de mi esposa viniendo a ver por qué he llegado temprano ni hay música puesta en el televisor.

No escucho nada.

—¿Chloe? —No obtengo respuesta, camino hacia la cocina para encontrarla vacía y luego subo a la habitación para ver lo mismo.

Dijo que no quería ir sola a casa de sus padres, ¿habrá cambiado de opinión?

Lo extraño es que ella casi nunca lleva a Muérdago con sus padres, no son muy amigables cuando se trata de los animales dentro de su casa, por eso solo nos han visitado un par de veces en los últimos nueve meses.

Algo espeso se desliza por mi espalda cuando encuentro algo brillante sobre su mesilla auxiliar.

Sus anillos.

El diamante rojo se burla de mí junto a la alianza de matrimonio. Por un segundo siento que me asfixio mientras abro las puertas del armario y descubro que parte de su ropa de invierno no está.

Busco mi celular en los bolsillos de mi chaqueta para llamarla, pero suena apagado. Marco el número de su madre, quien contesta al segundo tono.

—Feliz Navidad, querido yerno.

—Gracias, Irina. Feliz Navidad. —Froto mi frente con mis dedos—. ¿Chloe está con ustedes?

—No, ¿debería? ¿No sabes dónde está?

—No… quiero decir, es solo que pensé que estaría en casa ahora, pero parece que tenía algo que hacer y no me avisó.

—Oh, seguro olvidó los regalos a última hora. —Se ríe, pero no siento la misma diversión que ella.

No necesita dejar sus anillos y llevar su ropa para comprar regalos.

—Seguro fue eso. Gracias, Irina.

—Por supuesto. Los esperamos para los regalos más tarde. —Cuelgo y paso una mano por mi cabello sintiendo algo de pánico arremolinarse en mi estómago.

¿A dónde iría? ¿Por qué dejaría sus anillos? ¿Por qué dejaría la casa en Navidad?

La peor parte es que no sé lo suficiente de mi esposa como para que sean evidentes las respuestas a esas preguntas.

¿Dónde estás, Chloe?

4. UN INTRUSO INESPERADO

Chloe Hazethorn



25 de diciembre de 2022

—Ya llegamos, travieso.

Abro la puerta trasera del auto y le sonrío a Muérdago. Acaricio bajo su hocico y suspiro al ver su semblante cansado.

—¿Puedes bajar? No pensé en que necesitarías ayuda también aquí.

Muérdago parece fastidiado por el cono que rodea su cabeza para evitar que se haga daño en la pequeña incisión en su abdomen, pero se levanta y baja del auto.

—Bien, pero no es mi culpa que tengas que usarlo, tampoco parezcas enojado conmigo. —Resopla y se estira con un bostezo—. Vamos rápido adentro, hace mucho frío.

Él no parece afectado por ello mientras yo puedo ver mi propio aliento en cada palabra que emito.

Camino rápidamente hacia la puerta de la cabaña y la abro dejándolo entrar, regreso sobre mis pasos hacia el auto y saco mi maleta para llevarla adentro, luego bajo las bolsas de compra para la despensa.

—No pensé en el infierno congelado que es Lansville en invierno. —Olisquea cada parte de la sala mientras avanza.

Me dejo caer en el sofá café y palmeo el lugar a mi lado. Muérdago se sube y recarga su cabeza sobre mi muslo cuando se recuesta.

—Me alegra que estés bien. ¿Sabes que no podría vivir sin ti? —Hace un sonido bajo y cierra los párpados—. Bien, te dejaré dormir un poco más. Rocco dijo que estarás cansado hasta mañana.

Me pongo de pie para abrir las persianas y encender la calefacción. A través de las ventanas de cristal puedo ver la nieve cayendo sin cesar.

Lansville es aún más frío en estas fechas, la ciudad es un poco salvaje cuando se trata del clima. Si es invierno es un glaciar, si es verano es un infierno.

—Sé que no te gustan los lugares nuevos, pero te aseguro que será agradable estar aquí unos días. —Me quito las botas de nieve y Muérdago parpadea hacia mí—. De todas formas, va a nevar bastante hasta año nuevo, así que podemos quedarnos aquí y regresar después de todas las fiestas. ¿Te gusta la idea?

Vuelve a soltar sonidos que suenan como resoplidos y río por lo bajo.

—Voy a buscarte un par de mantas esta noche para que puedas dormir. —Deambulo por la casa mientras observo cada decoración igual a la última vez que estuve aquí hace algunos meses, cuando Maxwell y yo vinimos para supervisar las remodelaciones.

La cabaña pertenecía a su abuela, fue nuestro regalo de bodas de su parte debido a que pasamos algunos veranos aquí cuando éramos adolescentes. *Cuando éramos amigos.*

Honestamente no pensé que tuviera la valentía de venir sola alguna vez, pero no creo que pudiera soportar estos últimos días del año en nuestra casa.

Nochebuena fue una forma de abrirme los ojos a la realidad: este matrimonio no tiene un buen futuro porque yo soy la única remando

en este barco.

Maxwell no sentía la misma necesidad que yo por hacer que esto funcionara. Ni siquiera pedía que fuéramos un matrimonio feliz, me conformaría con el hecho de que siguiéramos siendo amigos como antes.

Sacudo la cabeza y parpadeo para evitar que lágrimas caigan por mis mejillas. Camino hacia la habitación llevando mi maleta y dejo mi abrigo más grande antes de volver a la cocina.

Preparo algo para merendar y coloco comida para Muérdago en sus tazones antes de encender el televisor.

Contrario a lo que Maxwell parece pensar, la Navidad es una de mis épocas favoritas. Una de las razones por las que ya no puedo soportar pasar el resto de las fiestas en la casa es porque no soporto lo estéril que se siente.

En parte es mi culpa, Maxwell no dijo nada sobre las decoraciones, yo decidí no ponerlas porque quería que llegara a ser algo especial. Pero cuando lo propuse, él simplemente dijo que no le molestaba que las pusiera.

Solía ponerlas con mis padres, aunque papá solo nos viera a mamá y a mí discutiendo sobre el mejor lugar para poner el árbol o la ubicación de las decoraciones en el pino.

Durante los meses anteriores estuve pensando mucho en formas de convencer a Maxwell de pasar algo de tiempo en pareja. Pero en cuánto comenzó diciembre fue como un interruptor para que evitara estar en casa.

Tal vez es él quien odia la Navidad.

Envuelvo mis dedos alrededor de la taza con decoraciones navideñas, recién comprada en la tienda de la estación de gasolina donde me detuve hace unas horas.

Mi celular suena sobre la mesa de centro, pero ignoro el nombre de mi esposo en la pantalla. Me di cuenta de que estuvo llamando

más temprano.

Veo un par de películas de Navidad hasta que anochece, bebo chocolate caliente y hablo sin parar con Muérdago.

La siguiente llamada es de mi madre antes de que me vaya a dormir temprano.

—Hola, mamá.

—Chloe, ¿qué está pasando? —La voz de mamá suena escandalizada. Pero ella siempre tiene algo por lo qué preocuparse.

—¿A qué te refieres?

—Maxwell me llamó más temprano para saber dónde estabas.

—¿Y?

—¿Cómo que "y"? ¿Dónde estás?

—Estoy bien, mamá, no te preocupes —simplifico para evitar mencionar mi paradero, sobre todo porque seguramente ella encontraría la forma de regañarme por dejar a Maxwell solo en Navidad.

Él me había dejado sola primero, así que estamos a mano. Además, dudo que preguntara porque le importara dónde estaría; probablemente esté trabajando ahora y solo note que no estoy cuando se vaya a la cama.

—¿Por qué no vinieron a buscar los regalos?

—Los buscaré en enero y llevaré los suyos.

—¡¿Enero?! —Su voz es un grito que me hace alejar el celular de mi oreja—. ¿Dónde estás, Chloe?

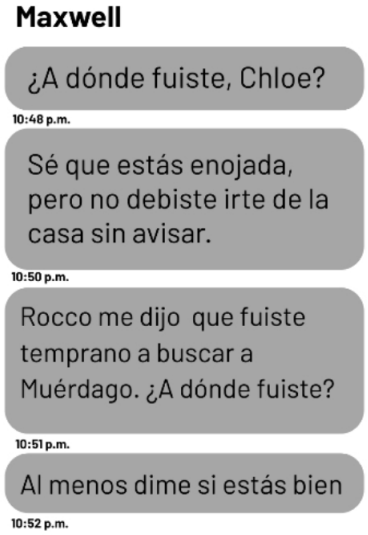
—Que estoy bien, mamá —insisto con un suspiro—. Ya me voy a dormir, no te preocupes.

—¿Y tu esposo? ¿Dónde está?

—Probablemente en su trabajo. Hablaremos después.

—Chloe… —Soplo contra el micrófono de mi celular, fingiendo la interferencia y luego cuelgo.

Suelto un suspiro y palmeo el lugar a mi lado en la cama y Muérdago saltó para acomodarse allí.



Un par de mensajes de Maxwell iluminan la pantalla de mi celular y un suspiro abandona mis labios mientras los reviso. Decido que no tengo ánimos para darle explicaciones y puedo responder mañana.

A pesar de la calefacción, siento frío en la habitación, por lo que busco un par de mantas más y cubro a Muérdago con ellas.

Puede que Maxwell y yo nunca nos tocáramos mientras dormíamos en la misma cama, pero era consciente de su presencia allí casi siempre, así que me cuesta un poco conciliar el sueño en la soledad de la cabaña, aunque finalmente lo logro.

Por la mañana despierto escuchando ruidos que me sobresaltan, Muérdago no está en la cama, pero normalmente no hace desastres antes de que me levante.

Probablemente necesite ir al baño.

Balanceo mis pies fuera de la cama y me cepillo los dientes antes de encaminarme a la sala.

—Muérdago, ¿quieres salir? ¿Qué desastre estás…? Maldita sea. —Llevo una mano a mi pecho cuando mis ojos encuentran a *mi esposo* en la cocina.

Tiene un abrigo grueso y el pelo desordenado, sostiene una taza de lo que debe ser café mientras me mira alzando las cejas.

Demasiado cómodo siendo un intruso aquí.

—Buenos días, *esposa*. Olvidaste mencionar que tendríamos vacaciones.

5. LOS PROBLEMAS QUE IGNORAMOS

Chloe Hazethorn



26 de diciembre de 2022

—¿Qué se supone que haces aquí?

—Vine para nuestras vacaciones. —Recarga la cadera en la barra y bebe de su taza.

—No son «nuestras vacaciones». —Cruzo los brazos—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Adiviné.

—Revisaste el rastreador de Muérdago. —Sus labios se curvan en una sonrisa ladeada sin mirarme.

—Es una buena forma de saber dónde estás, ya que no me avisaste sobre tu viaje.

—Tal vez porque no quería que supieras. —La ironía debe de ser casi palpable en mi voz—. Tampoco pensé que te dieras cuenta de que no estaba.

—Eso es absurdo, Chloe. ¿Cómo no iba a darme cuenta? —Tallo mi frente con mis dedos y suelto un suspiro exasperado.

—¿Qué quieres, Maxwell?

—Olvidaste tus anillos.

—No los olvidé, quise dejarlos —simplifico, arqueando las cejas.

—¿Me estabas dejando?

—Te dejé tu preciado tiempo con el trabajo en las fiestas —reviro y levanto un hombro para restarle importancia.

—¿Esto es porque no llegué a la cena? —Humedezco mis labios y llevo mis manos a las caderas—. Chloe…

—No, Maxwell. No es por la cena.

—Entiendo que estés enojada porque no llegué, pero no era necesario que dejaras la casa.

—Ya, olvídalo. Fue mi error no hacer una cita con tiempo para que me agregaras a tu agenda —me burlo y camino hacia la cocina.

—Chloe, estoy tratando de entenderte en este momento.

Bebo un vaso de agua dejando que el silencio, tan tenso que es casi ruidoso, se asiente entre nosotros.

—No te preocupes, siempre he notado que te cuesta relacionarte conmigo desde que nos comprometimos.

—¿De dónde sacaste eso? —Se interpone en mi camino para que no pueda abandonar la cocina.

—Maxwell… —protesto mientras intento pasar por su lado, pero se mueve para evitarlo.

—Habla conmigo, Chloe. *Por favor*.

—¿Para qué? Ya no tiene sentido.

—No es así. Dime cuál es el problema. —Una risa seca abandona mis labios.

—Que gracioso eres.

—Chloe… —Su voz suena áspera, casi como una advertencia, pero la ignoro.

—¿Qué quieres? —cuestiono exasperada.

—Quiero entender por qué carajos llego a nuestra casa y resulta que no estás, la mitad de tu ropa no está en tu armario y dejas tus anillos en la habitación.

—Vine de vacaciones, no tiene sentido estar en la casa si no podemos siquiera celebrar la Navidad.

—No te gusta la Navidad.

—¡Nunca dije eso! —Pisoteo a pesar de que esto probablemente me hace ver como una niña caprichosa haciendo un berrinche—. Casi nunca fuiste a verme, cuando salíamos apenas hablábamos, desde que nos casamos pasas más tiempo en la empresa que en la casa. ¡Ni siquiera fuiste a mi graduación, Maxwell!

—No me invitaste.

—Sí lo hice. Te llamé varias veces, le di el recado a tu madre y dejé mensajes de voz en tu buzón.

—Yo no…

—No me prestaste atención, como siempre. —Pasa una mano por su cabello rubio con un suspiro. Me mira por varios segundos o tal vez minutos absorbiendo las palabras.

—Pensé que debía darte tu espacio, antes de nuestro compromiso dijiste que estabas asustada porque sabías que algún día tendrías que convertirte en una *esposa trofeo* por el bien de su familia y que probablemente terminarías odiando a tu esposo —explica y mis cejas se fruncen.

—Tenía catorce años cuando dije eso, Maxwell.

—Sí, pero lo hiciste y en cuánto nuestros padres lo anunciaron, pensé que me odiarías por convertirte justamente en eso —resuelve, encogiéndose de hombros—. No quería que me odiaras.

—¿Y tu comportamiento de los últimos nueve meses? La mayor parte del tiempo prefieres estar en la empresa. ¿No pensaste en

intentar que al menos fuéramos felices en casa? —Pasa una mano por su cabello.

—No sabía que estaba siendo tan malo para ti

—Era demasiado evidente, Maxwell —ironizo.

—Odiabas la idea de ser una esposa trofeo…

—Pero no ibas a convertirme en eso. Estudié la carrera que quería, trabajo de lo que quiero, si no fuera por este pequeño detalle sería… considerablemente feliz. —No lo miro, pero siento su mirada casi quemando mi cara.

—¿Pequeño detalle?

—¿No pensaste en preguntarme? ¿Hablarlo después de casarnos? ¿Tal vez intentar que nuestra amistad funcionara? —Desvío la vista y trago pesadamente.

—Eres demasiado decidida, si dijiste que odiarías eso estaba seguro de que lo harías.

—Se te olvidó que éramos amigos, Maxwell, podía haber odiado a un desconocido si me obligaban a casarme con él, pero tú eras… —No puedo evitar la lágrima que rueda por mi mejilla—. No eras un desconocido.

—Chloe, no llores… —Niego con la cabeza, cruzando los brazos y me alejo hacia la sala.

Está nevando afuera, pero siento que el frío me cala los huesos como si estuviera cayendo dentro de la cabaña.

—¿No será que usas esa excusa para ocultar que eres tú quien me odia? —musito con la voz cortada. Detesto no poder ocultarle nada ahora.

Por eso era una ventaja que no me estuviera prestando atención los meses anteriores, haber confesado antes de ayer lo infeliz que soy en este matrimonio no estaba en mis planes y ahora tengo que exteriorizar todo lo demás.

Nunca he sido buena con las emociones.

—No te odio, Chloe. Pensé que darte tu espacio te haría feliz porque no tenías que cumplir ningún papel de trofeo. —Se acerca, siento su calidez contra mi espalda.

—No pensaste en que tal vez yo sí podía convertirme en tu esposa sin problemas —me quejo cuando me obliga a girar. Sus dedos levantan mi barbilla—. No tenía que ser una esposa trofeo contigo, podíamos intentar ser felices sin problemas porque te conocía, pero elegiste alejarte como si nuestro compromiso fue lo peor que te sucedió ese día. —Maxwell baja la vista y algo de arrepentimiento pinta sus facciones.

—Lo siento.

—Ya no importa.

—Por supuesto que importa. ¿Por qué no decidiste hablarlo conmigo?

—Por la misma razón por la que tú tampoco lo hiciste. —Me encojo de hombros.

—Quería evitar que te sintieras encarcelada conmigo y resulta que te he estado haciendo infeliz todo este tiempo cuando prometí que sería lo contrario el día que te convertiste en mi esposa. —Su mano en mi brazo se desliza hacia abajo hasta que atrapa la mía—. Lo siento…

—Tu lógica es una mierda —susurro. Abre mucho los ojos ante mis palabras—. ¿Por qué iba a odiarte? Eras mi mejor amigo, si había alguien con quien podía casarme por orden de mi familia eras tú.

—Lo siento.

—Ya no importa —repito, mientras levanto la vista—. De todas formas, no podemos regresar el tiempo.

—No, pero dejarlo de esa forma solo hará que empeore todo esto en el futuro, Chloe. —Aprieto mis labios en una delgada línea.

—Entiendo que pensaras que podía odiarte, Maxwell, pero… ¿qué pasa con todas esas noches que elegiste quedarte en la oficina? Me has estado evitando, ni siquiera quisiste poner las decoraciones conmigo. Vengo de vivir siempre con mis padres, nunca he estado sola antes, pero usaste cada oportunidad que tuviste para dejarme allí. Ni siquiera te preocupabas por acompañarme a cenar la mayor parte del tiempo.

—Lo siento. —Sus labios se crispan mientras sus ojos grisáceos se oscurecen con culpabilidad—. Pero tú tampoco hablaste de esto conmigo, Chloe.

—¿Qué tenía que hablar? Siempre te esperé para cenar, propuse que tuviéramos la misma habitación, te pedí que te quedaras conmigo en Nochebuena, pero elegiste tu trabajo. Siempre tu trabajo.

—No lo expresaste de esta forma antes, si no hago algo y tú simplemente no dices que está mal para ti, yo asumo que no tienes problemas con que suceda de esa forma.

—Eso es ridículo. ¡Estamos casados, Maxwell! —Pellizca el puente de su nariz con un suspiro.

—En la adolescencia siempre explicabas las cosas que no querías que sucedieran, pero evidentemente eso ha cambiado.

—Nunca vi a mi madre exigir cosas como esa. Sabía cómo ser tu amiga. No sabía cómo ser una esposa y cada vez que lo intenté simplemente te alejaste —reviro.

—No tienes que ser "una esposa". Solo ser Chloe, *mi Chloe*, la que conocí a los once.

—Tú mismo alejaste a «tu Chloe» en cuánto se anunció nuestro compromiso —susurro. Una de sus manos ahueca mi mejilla—. Ya no somos esos adolescentes y ni siquiera somos amigos ahora.

—No, pero podemos hacer de este matrimonio algo menos… torturante para ti —responde cuando me alejo de su tacto, a pesar de la forma en que mi piel cosquillea—. No quiero verte llorar de nuevo, Chloe.

—¿Por qué ahora? —cuestiono apretando la barbilla—. Tenemos casi un año casados.

—Ayer cuando desperté y no estabas pensé "está bien, más tarde cenaremos juntos". Fui al trabajo para adelantar pendientes y tener tiempo. —Suspiro con fastidio—. Fui a la clínica para ver si estabas allí con Muérdago, pero Rocco me dijo que te habías ido una hora antes. Llegué a casa y no estabas.

Se acerca para tomar mi mano izquierda y obtiene mis anillos del bolsillo de sus pantalones.

—Pensé en lo raro que era no escucharte hablar con Muérdago en cuanto entré, no había música en el televisor y no escuché tus pasos acercarse para ver que era yo quien había llegado. —Desliza mi alianza de matrimonio en mi dedo—. Pensé que tal vez habías ido con tus padres sin mí, me sentí un poco decepcionado, pero supuse que estaba bien porque había faltado a nuestra cena. —Coloca el anillo de compromiso seguido.

—¿Y?

—Fui a nuestra habitación y vi tus anillos. —El silencio es casi ruidoso mientras espero hasta que admite—: Sentí pánico, Chloe.

—¿Por qué?

—Pensé que te habías ido, que en cualquier momento llamarías para pedirme el divorcio. Llamé a tu madre, pensé que te habrías ido con ellos, pero ella no sabía dónde estabas. *Sentí que te había perdido*.

Mi pecho se oprime. Supongo que debí dejar una nota.

—El pánico me hizo imaginar el resto de mis días llegando a una casa vacía, sin ti, sin Muérdago y fue… —Aprieta los párpados como

si realmente fuera inconcebible para él—. No podía permitirlo, Chloe.

—Así que es simplemente el miedo a estar solo lo que te ha traído aquí. —Arqueo una ceja.

—Eso no es lo que dije. No me importa estar solo, Chloe, pero la idea de perderte a ti es… un infierno. —Levanta una mano hacia mi mejilla otra vez.

—Te pedí que te quedaras, pero elegiste tu viaje de trabajo —susurro sin mirarlo.

—Lo siento —murmura y su pulgar acaricia mis anillos—. Pensé que estabas mejor pasando tu tiempo a solas en la casa.

—Deja de pensar. Solo piensas estupideces —me quejo, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas. Su mano acuna mi nuca y me acerca a su pecho, la otra me rodea la espalda—. ¿Odias nuestro matrimonio?

—No lo hago, Chloe. A estas alturas, eres lo único bueno en mi vida.

—Entonces deja de evitarme. Entiendo que tengas trabajo, sé que amas el imperio de tu familia, pero es bastante obvio que estabas evitando nuestra casa, has evitado cada día de nuestro matrimonio. Nunca podríamos funcionar de esa forma.

—Lo sé, lo siento. Estoy aquí para arreglar todos los problemas que ignoramos.

Y eso suena bien por ahora. Tal vez podíamos hallar la forma de que esto funcione.

6. TE HABRÍA HECHO MI NOVIA

Chloe Hazethorn



Ato mi cabello en una cola y tallo mi rostro con mis palmas mientras suspiro.

La ducha tibia temprano es la mejor opción, el frío se pone peor más tarde cuando el mínimo rayo de sol se esconde. Además, necesitaba aclarar mis pensamientos luego de la conversación con Maxwell.

Lejos de sentirme aliviada por sus confesiones, siento *pánico.*

Solo puedo pensar en la idea de ilusionarme con esto como lo hice cuando se anunció nuestro compromiso en el pasado y que luego Maxwell vuelva a ser como antes.

Sacudo la cabeza y me abrigo antes de ir a la cocina, siguiendo el sonido de su voz y el aroma del chocolate caliente que siempre he disfrutado tomar.

Recargo mi hombro en el marco de la puerta para mirarlo moverse, toma el cuchillo grande y comienza a cortar una cebolla hábilmente, luego puerro y un par de tomates; coloca una sartén sobre la estufa y la enciende para girarse a hacer otra cosa, entonces me ve.

Maxwell parece terminar una llamada y retira su auricular para dejarlo sobre la barra.

Mi nuevo enemigo a partir de ahora.

—¿Cómo está Muérdago?

—Odia el cono y me culpa por tenerlo puesto. —Se ha quitado el abrigo y solo tiene una camisa de botones, al parecer no siente el frío salvaje que estoy sintiendo yo.

—¿Te culpa?

—Sí, me mira como si yo se lo hubiera puesto. Pero si él no hubiera tragado eso no habría necesitado la operación —murmuro en respuesta viéndolo moverse.

Toma una de las tazas navideñas y luego vierte chocolate en ella. De ahí el aroma celestial. Agrega un poco de leche y lo mezcla con una cucharilla, observo embelesada mientras lo hace.

—Quiero que seas honesto conmigo… —Aprovecho el momento para preguntar—: ¿Has conocido a alguien más?

Maxwell frunce el ceño mientras coloca tres malvaviscos grandes dentro de mi taza, deja caer dos trozos de chocolate blanco y raya un tercero sobre los malvaviscos antes de colocarla frente a mí en la barra.

—¿A qué te refieres? —cuestiona, pero yo sigo mirando la taza.

El chocolate con leche es mi favorito, el único paso que se ha saltado es la crema batida que suelo poner sobre este al terminar, pero incluso ha recordado que prefiero agregarle trozos de chocolate blanco en lugar del negro.

Es una bomba de azúcar que solo tomo en ocasiones especiales, pero parece que esta lo es.

—Si no has estado conmigo…

—No, Chloe. —Tuerzo los labios y muerdo mi lengua para evitar decir lo que pienso—. No me mires de esa forma, no te he sido infiel.

—Casi siempre estás fuera de casa, no eres un santo —replico y él se encoge de hombros.

—Siempre estoy en la oficina, puedes contratar un detective si quieres —musita despreocupado—. Aunque probablemente encuentre que lo hice en los años de nuestro compromiso.

—No me molesta, no éramos ni siquiera novios, no me debías respeto —musito, inclinando el rostro para absorber el vapor de mi taza—. Además, apenas había cumplido la mayoría de edad.

—Te equivocas, sí te lo debía, pero…

—Realmente no tienes que explicármelo. —Corto sus palabras a pesar de que algo ácido me llena el estómago, pero esto es personal. No podía esperar que estuviera cinco años en celibato por un matrimonio que no estaba destinado a consumarse porque él y yo apenas hablábamos—. Quieres que este matrimonio funcione, pero al menos… ¿Me encuentras atractiva?

Él me observa.

—¿Cuál crees que es la respuesta a eso? —indaga, colocando tocinos en la sartén, antes de romper varios huevos en un tazón.

—No intentes salvarte.

—No tengo que hacerlo —murmura, encogiéndose de hombros—. Eres preciosa, Chloe, y no soy el único que lo piensa, si no nos hubiéramos comprometido y todo lo que sucedió luego no hubiera sido de esa forma, probablemente te habría hecho mi novia un año después.

—Ah, ¿sí? —Asiente sin ninguna duda plasmada en el rostro—. Y no lo hiciste porque pensabas que te odiaría por ser una futura esposa trofeo, ¿no?

—Cuando lo dices de esa manera me siento estúpido. —Ruedo mis ojos, bebiendo de mi taza.

El chocolate caliente y cremoso me acaricia la lengua y baja por mi garganta, tibiando todo dentro de mí, suelto un suspiro de satisfacción ante la estela dulce en mi boca.

—No sabía que eras bueno en la cocina, menos para hacer chocolate —reconozco antes de mirarlo, una media sonrisa de goce curva sus labios.

—No estoy seguro de por qué no mostré los buenos dotes antes. —Apoya sus antebrazos en la barra para inclinarse hacia mí, extiende una de sus manos y su pulgar limpia la comisura de mi boca.

—Ya sabemos por qué.

—Ya sabemos y no volverá a suceder —asegura, balanceando la cabeza antes de enderezarse en toda su altura frente a las hornillas.

Termino de beber mi chocolate en silencio y él coloca un plato con omelette que luce de revista frente a mí.

—Gracias. —Asiente y yo balanceo mi tenedor sobre mi omelette.

—¿Muérdago estará bien entonces?

—Sí, solo tiene que curarse de la operación. Fue mínima, necesitará el cono hasta que las suturas sanen por completo, pero estará bien. —Miro hacia la sala donde mi mascota se ha acomodado sobre las mantas en el suelo.

—Discúlpame por haber dicho que era un drama. —Bajo la vista, encogiéndome de hombros—. Te lo regaló tu abuela, ¿cierto?

—Sí, papá se lo regaló a ella cuando aún vivía en el pueblo, para sus caminatas por el parque, pero luego me lo dio a mí porque Muérdago es muy grande para tenerlo en su departamento ahora que vive en la ciudad —explico, cortando un trozo de omelette que no me llevo a la boca de inmediato.

—Y eso que no creció tanto como debería.

—Es por el cruce de razas, nunca supimos cuál era la segunda. —Le sonrío brevemente—. No tuviste ninguna mascota, ¿por qué?

—No tenía tiempo, entre el trabajo y la universidad apenas pensaba en algo.

—¿Por qué decidiste hacer ambos al mismo tiempo? Estoy segura de que podías esperar a terminar la carrera.

—Necesitaba ocuparme y entrar a la empresa sin ninguna experiencia a ocupar un gran cargo solo por ser hijo del dueño, no sonaba atractivo, para ser honesto.

—Tiene sentido —tarareo mientras mis ojos vuelan a la ventana enorme que muestra el exterior pintado de blanco y los grandes copos que han vuelto a caer.

—Come, Chloe.

Obedezco de mala gana, perdiendo la vista en los estantes de madera.

—¿En qué piensas? —indaga, terminando de cocinar su propio omelette ante de ocupar el banquillo a mi lado.

—La comida no sobrevivirá tantos días hasta que regrese —divago y es su turno para suspirar. Rodea la barra y gira mi banquillo hasta que estoy frente a él, separo las rodillas para darle espacio cuando se acerca lo suficiente y su mirada grisácea sostiene la mía.

—¿La hiciste tú?

—Sí, llamé a Cande —nuestra ama de llaves— por ayuda en algunas de las recetas —admito, frunciendo los labios.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por el esfuerzo, por planearlo, por hacerlo. —Se encoge de hombros y sus pulgares acarician mis mejillas—. Lamento no haber llegado, pero si hubiera sabido que lo harías habría llegado antes.

No respondo. Puedo ver su arrepentimiento, entiendo que se sienta culpable por ello, pero no puedo hacer a un lado mi resentimiento porque eligió irse de viaje antes de Navidad.

Lo entiendo, entiendo que ame su trabajo y que no sienta la misma necesidad por hacer funcionar nuestro matrimonio, pero ¿no merecía yo tener compañía estos días?

Puede que no seamos el matrimonio perfecto, sin embargo, yo nunca habría elegido mi trabajo por encima de pasar algunas fiestas con él.

Aclaro mi garganta, alejándome para volver a girarme en el banquillo dándole la espalda.

—¿Cuándo te vas? —curioseo, volviendo a comer. Muérdago se acerca para recargar su cabeza contra mi pierna, buscando caricias. Deslizo mis dedos por el suave pelaje oscuro.

—¿Irme?

—Sí. ¿Cuándo?

—¿Cuándo te vas tú? —revira, acomodándose a mi lado.

—Tres o cuatro días después de año nuevo. —Levanto un hombro para restarle importancia.

—Qué casualidad, yo también. Nos iremos juntos. —Mis cejas se fruncen.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con tu trabajo?

—Estamos de vacaciones —murmura, estirando su mano para enroscar un mechón de mi cabello en su dedo índice—. Mi trabajo ahora es hacer feliz a *mi esposa*.

La piel de mi nuca se eriza.

—Yo no… es decir, sí, pero ¿por qué? —Mi desconcierto provoca algo que no ha sucedido en los últimos meses: *Maxwell se ríe.*

De mí, se está riendo de mí, pero no puedo evitar guardar el sonido en un lugar pequeño de mi memoria porque hace mucho tiempo que no escuchaba algo como eso.

Mi vientre se llena de calidez.

—¿Qué estás haciendo? —cuestiono, frunciendo las cejas.

—¿A qué te refieres?

—A esto: venir aquí, ignorar tu trabajo, quedarte hasta que me quede. Ya resolvimos nuestros problemas, ya puedes seguir con tu vida.

—Te equivocas, no hemos resuelto siquiera la mitad de nuestros problemas, Chloe.

—Ah, ¿no? —Dejo mi tenedor a un lado y giro todo mi cuerpo hacia él.

—No.

—Bien. ¿Cuáles son esos problemas? —Desliza sus dedos por mi barbilla, acunándola mientras su pulgar acaricia mi piel.

—Empezando por el hecho de que somos desconocidos.

—Te conozco.

—Yo no siento lo mismo contigo, Chloe —Trago pesadamente sin entender a qué se refiere—. Pensé que estabas bien teniendo tu espacio, pensé que odiabas la idea de tenerme cerca, que preferías mantenerte alejada y que odiabas la Navidad. Siento que no sé nada sobre ti.

—¿Y qué quieres?

—Quiero tener las ideas correctas. Quiero hacer elecciones que no te lastimen. —Me cuesta mantener la respiración acompasada mientras lo observo y mientras me toca.

Sus ojos grisáceos sostienen los míos, llenos de tanta convicción que creo cada palabra saliendo de sus labios.

—No quiero que seamos desconocidos en nuestra casa, tampoco que seas infeliz a mi lado. —Se acerca tanto que toda mi piel se eriza por su calidez.

Su palma acuna mi nuca.

—¿Por qué ahora? —cuestiono, tragando pesadamente—. Fuiste tú quien hizo esa elección mucho antes de que nos casáramos.

—Y ya me di cuenta de mi error. No quiero que tengas que buscar la felicidad en otro lado, Chloe. —Presiona su frente contra la mía—. Quiero que seas feliz conmigo.

No estoy segura de estar en la realidad ahora. Tal vez estoy soñando, probablemente sigo en Nochebuena, recostada en la sala junto a Muérdago enfermo mientras Maxwell está en su trabajo.

Este momento, esas palabras y el hecho de que Maxwell me rodea con sus brazos y me atrae contra su pecho, no tienen sentido en mi mente. Por un par de segundos no le correspondo, su cuerpo se tensa contra el mío, pero levanto los brazos para rodearlo también porque, ¿qué caso tiene?

Maxwell es mi esposo, si hay una solución a algo en este momento es confiar en que él quiere arreglar esto.

Y no quiero alejarme o algo parecido al divorcio, me gusta estar casada con alguien que conozco, o al menos conocía hace unos años, alguien que se preocupa por mí a pesar de su ausencia aquí. Alguien que llamó a uno de sus amigos en Nochebuena para que atienda a mi mascota solo porque estaba llorando.

Así que me relajo contra él, mi cuerpo se amolda perfectamente al suyo y disfruto de la calidez que desprende su piel mientras sus brazos me rodean.

¿Siempre hemos encajado tan bien?

No tengo idea, pero tampoco tengo problemas si seguimos encajando así por el resto de nuestras vidas.

El resto del día no hacemos mucho, porque hace demasiado frío afuera y porque todavía me siento fuera de lugar por su presencia tanto tiempo a mi alrededor.

Así que nos limitamos a comer y sentarnos en el sofá a ver algunas películas, además de hacerle mimos a Muérdago para que

no se encuentre tan aburrido con nosotros.

En la noche me siento un poco inquieta así que deambulo por la cabaña, yendo de la cocina a la sala, revisando las habitaciones vacías, y luego mirando hacia el exterior antes de encontrarme con él en la habitación principal.

—Puedo irme a la otra habitación, si quieres —avisa en cuanto ingreso, notando mi intento fallido de cansarme lo suficiente para caer dormida de inmediato. Desplazo mi peso de un pie al otro.

—No es necesario. Siempre dormimos juntos, ¿no? —Suelto una risa incómoda y camino hacia el lado derecho de la cama, me deslizo bajo las sábanas—. Anoche dormí con Muérdago, así que podría subirse a la cama en la noche.

—No hay problema. —Asiente. Lo imito y apago las luces de mi lado, estiro las sábanas hasta cubrir mis hombros.

—Buenas noches, Maxwell.

—Buenas noches, Chloe.

7. TODO TUYO

Chloe Hazethorn



27 de diciembre de 2022

Muérdago está intranquilo, así que lo llevo a pasear en la mañana. Y yo también necesito un poco de aire fresco para aclarar mis ideas.

Por alguna razón, me costó dormirme, lo cual no tiene sentido, porque llevo compartiendo la cama con Maxwell desde que nos casamos hace nueve meses. Pero no podía dejar de pensar en sus confesiones.
Cuando desperté, él ya estaba deambulando por la cabaña.

—¿Crees que deba hacerme ilusiones? —cuestiono y Muérdago me ignora mientras trota más adelante, sostengo la correa para que no intente irse a correr demasiado lejos y pueda lastimarse—. Quiero decir, es un poco pronto…

—Chloe, no sabía que habían venido… —Levanto la vista hacia el hombre que viene en la dirección opuesta y le ofrezco una sonrisa sin mostrar los dientes.

—Hola, West. —Levanto una mano en saludo—. La verdad es que fue improvisado.

Tanto, que ni siquiera sabía que Maxwell vendría.

West es uno de los vecinos que tenemos aquí en Lansville. Creció aquí, así que Maxwell y yo lo conocemos de las veces que veníamos cuando éramos adolescentes.

—Ah, me sorprende porque no los había visto desde la remodelación.

—Sí, no habíamos tenido mucho tiempo —explico, bajando la vista hacia Muérdago, que olisquea al *golden retriever* que viene con West—. ¿Quién es esta preciosura?

—Cascabel, mi hermana se fue de viaje y ahora tengo la misión de cuidarla. —Extiendo una mano hacia la cachorra y ella olisquea mis dedos antes de distraerse con Muérdago.

—¿Cómo está tu hermana?

—Bien, con mucho trabajo. —*Me recuerda a mi esposo*.

—La saludas de mi parte.

—Por supuesto, estoy seguro de que también querría saludarlos. —Levanta una mano para despedirse—. Espero ver a Maxwell por ahí.

—Sí, seguro nos veremos —respondo, e inclino la cabeza a modo de despedida—. Hora de regresar, bebé. Se nos congela el trasero —le digo a Muérdago mientras lo guío en dirección a la cabaña.

Al regresar Maxwell está en una llamada. Humedezco los labios al observarlo, hasta que se da cuenta de mi presencia y se despide de quienquiera que esté al otro lado de la línea.

—Si tu trabajo te necesita no deberías quedarte —comento, bajando la vista a mis botas.

—¿Qué tal el paseo? —Ignora mis palabras mientras se pone de pie.

—Bien, Muérdago es un poco más lento. Parece que el frío hace que le moleste la herida. —Maxwell se acerca y acaricia a Muérdago bajo el hocico.

—Me imagino. ¿Qué quieres almorzar?

—Ya hiciste el desayuno. Yo me encargo —simplifico y me muevo hacia la cocina, dejando mi abrigo y botas al lado de la puerta.

Soy demasiado consciente de su presencia mientras me muevo por la cocina, no estoy acostumbrada a tenerlo alrededor por tanto tiempo que no sean algunos desayunos, en la cena y luego a la hora de dormir.

—Creo que es un poco tarde para pensar que no te conseguí nada para Navidad, pero ¿quieres algo específico? —indaga al entrar en la cocina.

Lo miro por encima del hombro y sacudo la cabeza.

—Maxwell… sabes de dónde vengo, ¿no? —Coloco una olla sobre las hornillas.

—Por supuesto: la princesa mimada de Franco Hazethorn.

—Entonces sabes que cualquier cosa que quisiera este año ya la conseguí.

—Puede ser.

—No te preocupes, lograste que atendieran a Muérdago. Lo considero un regalo. —Él ladea la cabeza—. De todas formas, ni siquiera pusimos un árbol.

—Chloe… —Le sonrío para tranquilizarlo, aunque luce tan malditamente arrepentido que casi menciono algo al azar para que pueda comprármelo.

—Déjalo estar, yo tampoco te conseguí nada.

—¿Por qué no pusiste el árbol? Eso solo alimentó mi creencia de que odiabas esta época.

—No quería decorarlo sola —me limito a responder.

—¿Quieres que armemos uno aquí?

—Ya pasó Navidad —simplifico, encogiéndome de hombros.

—No importa, podemos hacer todos los planes que tengas. —Me imita.

—¿Sí? —Arqueo una de mis cejas cuando se pone a mi lado, chocando su cadera con la mía

—Sí.

—Quiero hacer un muñeco de nieve, ver muchas películas predecibles sobre una citadina que salva la Navidad en un pueblo y hornear galletas de jengibre. —enumero, mirándolo de reojo—. ¿Eres postulante para esos planes?

—Por supuesto que sí.

Soltando el cuchillo, alzo la mano para presionar el dorso sobre su frente, comprobando su temperatura.

—¿Estás enfermo?

—No. —Rueda los ojos, las comisuras de sus labios alzándose un poco con diversión.

—No lo entiendo. ¿Por qué estás…?

—No quiero arruinar más cosas para ti, Chloe, no quiero ser el culpable de que te conviertas en alguien amargada y cruel porque no te hice feliz.

—¿Soy amargada y cruel?

—Aún no, sigues en la fase de triste y confundida, en camino a lo anterior. —Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa divertida.

Golpeo su brazo con mi hombro dejando de cortar las zanahorias para el caldo.

—¿Querías poner el árbol?

—Por supuesto, siempre me ha gustado eso de la Navidad, las decoraciones son las que hacen que sientas un poco el espíritu.

—Con razón no se sentía en nuestra casa —espeta.

—¡Oye! ¿Qué pasa con todas las cortinas y luces? No tenemos un árbol, pero sí se siente el espíritu navideño —resuelvo, y él me sonríe, sin embargo, el ceño fruncido no desaparece y todavía me dedica esa mirada extrañamente culpable sin alejarse de mi lado.

A excepción de nuestra boda y de los bailes durante ella, no puedo recordar un día en que hubiera estado así de cerca antes de hoy. Aunque no se siente extraño.

Estamos casados. Incluso si antes de nuestro compromiso no tuvimos nada parecido a un romance, desde nuestro matrimonio soy consciente del hombre que es.

Creció para convertirse en uno de los hombres más atractivos de su familia, no una belleza fuera de este mundo, pero definitivamente atractivo para mí. Se levanta cada día a las cinco de la mañana, hace ejercicio durante una hora y media y luego se prepara para ir a trabajar, así que su cuerpo tampoco es la excepción.

Normalmente compartimos el desayuno al menos una vez a la semana; los otros días decido no levantarme tan temprano, porque tampoco hago gran cosa a esa hora, a excepción de acompañarlo antes de que se vaya.

Me ayuda a pelar y cortar otros vegetales, luego dejamos el caldo hervir. Mientras eso sucede, coloco la tetera con agua para preparar té de manzanilla y él permanece a mi lado.

—¿Realmente te quedarás aquí hasta enero? —cuestiono, colocando dos tazas sobre la barra.

—Hasta que quieras regresar —afirma, lavando sus manos—. ¿Por qué pareces tan poco convencida?

Me aclaro la garganta y levanto un hombro.

—Porque ya teníamos vacaciones planeadas para el verano y al final dijiste que no podías ir por el trabajo —le recuerdo, vertiendo el agua hirviendo en nuestras tazas.

—Pensé que lo mejor era que las disfrutaras con tus padres.

—No se disfrutan tanto si están mencionando constantemente que debería estar con mi esposo —acepto con un suspiro.

—No debes estar conmigo todo el tiempo, Chloe —asegura, estirándose para tomar otro cuchillo y ayudarme a pelar.

—Sí, pero… yo habría elegido que estuvieras ahí —admito.

Se acerca y sus dedos acunan mi barbilla, levantando mi rostro hasta encontrar su mirada.

—No voy a retractarme esta vez.

—¿Estás seguro? ¿Y si ocurre una emergencia en el trabajo?

—El trabajo es solo eso, ¿no? —Muerdo mi labio inferior—. Deja de pensar que me iré. Estoy aquí contigo, todo tuyo hasta que quieras volver a casa.

—¿Y después?

—Todo tuyo, pero con trabajo y sin los problemas de nuestro matrimonio, ¿bien?

Todo mío hasta que terminen las vacaciones, ¿qué podía hacer con ese poder? Lo averiguaría.

8. ¿PUEDO BESARTE?

Maxwell Densmore



—¿Por qué elegiste venir a Lansville sabiendo que eres friolenta? —reprocho, quitándole los calcetines de las manos a Chloe.

—Me gusta aquí, aunque haga frío —responde, estirando sus pies hacia mí. Le coloco los calcetines uno a uno y luego froto la tela para calentarla.

Chloe flexiona sus piernas sobre el sofá y se cubre con el par de mantas coloridas cuando me siento a su lado, las estira para cubrirme y luego hace lo mismo con Muérdago en el lado opuesto.

La calefacción está encendida y ella tiene dos abrigos, pero sigue temblando un poco.

Contemplo la idea de rodearla con mis brazos y presionarla contra mi pecho, pero todavía puedo sentir su reticencia a esta situación. Por supuesto, le resulta extraño que haya abandonado el trabajo por estar aquí luego de haberlo convertido en mi vida los últimos meses.

Pero en cuanto vi sus anillos abandonados en nuestra habitación la noche anterior, supe que, si tenía que perder algo, no podía ser ella.

Sé que le causa conflicto que me haya dado cuenta de eso solo cuando ella abandonó la casa, pero no puedo describir el pánico que sentí al pensar que podría alejarse de mi vida para siempre.

—Mamá sigue preguntando por qué no fuimos por los regalos —comenta, dejando su celular a un lado.

—Iremos en enero —simplifico, extendiendo una mano para acariciar a Muérdago, está desanimado. Chloe dice que se trata del cono que rodea su cabeza para evitar que se lastime la herida.

—Gracias… —Levanto la vista para mirarla confundido—. Por hacer que tu amigo atendiera a Muérdago.

—No fue nada.

—Era Navidad.

—Y Rocco quería huir de su casa, así que le dimos una razón —musito para tranquilizarla.

—No lo hace menos intrusivo.

—No te preocupes, para él no fue tan grave tener que trabajar ese día —aclaro, dejando a Muérdago en paz cuando parece aburrirse de mí.

—Igual creo que tiene bastante mala suerte.

—Ah, ¿sí? —Toma el control remoto para encender el televisor y navegar distraídamente hasta encontrar una película.

—¿Cuáles eran las probabilidades de que la mascota de la esposa de tu amigo se enfermara justamente en Nochebuena y fueras la única persona a la que podía llamar? —divaga, frunciendo las cejas —. Eso es mala suerte.

—Bueno, la mala suerte de unos es la buena suerte de otros.

—Eso fue un poco cruel y egoísta, ¿lo sabes? —Chasqueo la lengua. Ella suspira exasperada.

—De hecho, escuché que lo salvé de que su madre le siguiera hablando sobre su compromiso fallido. Así que no acepto esa acusación. —Me inclino hacia ella y acuno su barbilla entre mis dedos.

—No significa que no arruinamos su Navidad. Tal vez tenía planes con alguien más.

—Créeme, no los tenía. Además, Rocco sabe que no puede competir contigo, si es tu felicidad o la suya, sabe que no elegiré la suya. —Separa los labios, indignada con mi falta de consideración.

—¿No puedes fingir ser buena persona ni siquiera para salvar tu pellejo, Densmore?

—No quiero fingir ser bueno. Estoy bien siendo solo yo. Pero gracias por preocuparte por la salvación de mi alma, *mi vida*.

Suelta otro suspiro, pero sus ojos se abren más amplios.

A pesar de la distancia entre nosotros fui consciente del cambio en ella desde que nos conocimos hasta ahora.

Pasó de ser una adolescente habladora y optimista a ser silenciosa, casi tímida. Aunque reconozco que esto pudo ser producto de la presión por ser la hija perfecta de sus padres, también sé que hay más cosas alrededor de ello. Incluyéndome a mí.

—¿Todavía te gusta jugar *Scrabble*? —curioseo cuando este juego aparece en la película que ella ve tan concentrada.

—Sí, jugué algunas rondas con la abuela cuando fui a visitarla, pero siempre ha sido una tramposa —se queja, rodando los ojos.

—Tampoco es que intente ocultarlo.

—¡Exacto! Hace trampas incluso sin esconderse. —Su nariz se frunce con disgusto mientras aprieta las mantas a su alrededor.

—Pero igual no has tenido problemas para ganarle la mayor parte del tiempo.

La señora Hazethorn definitivamente es buena en el juego, pero es mucho mejor haciendo trampas para ganarle a Chloe siempre que juegan.

La ironía es que su abuela es ciega.

—No, pero debo jugar alrededor de sus trampas. —Arquea las cejas y saca una mano de su nido de mantas para acariciar a Muérdago—. Por eso ustedes se llevaban tan bien, les encantan los desastres. ¿Sabes qué? Debería castigarte, me sacaste canas verdes esta vez —le regaña con un resoplido.

Muérdago solo hace un sonido agudo y recarga la cabeza sobre las piernas de Chloe.

—Técnicamente no fue su culpa encontrar un alfiler que se fuera por su garganta —comento, tomando la bufanda que cuelga del reposabrazos del sofá y colocándola alrededor del cuello de Chloe.

—Yo digo que podía dejarlo a un lado, evidentemente él puede reconocer lo que es comida o no —revira, frunciendo el ceño. Me inclino para acariciar a Muérdago tras las orejas.

—Pero no es un chico malo, ¿cierto, Muérdago?

—No lo apoyes, no voy a quedar como la villana por cuidarlo —protesta, entrecerrando los ojos hacia mí. Luego cambia el tema cuando pregunta—: ¿Tus hermanos vendrán a Lansville?

—Tal vez antes de Año nuevo. —Me encojo de hombros. Ella tararea y puedo ver la pequeña mueca de disgusto que forman sus labios—. No quieres que vengan.

—No es eso, no me importa. Ni siquiera vamos a compartir el espacio.

—¿Entonces?

—Nada, solo… no creo que me agrade tanto su presencia. —Reprimo una sonrisa divertida. Nunca ha congeniado con ellos, si pensé que convertirse en su cuñada cambiaría eso, estaba equivocado.

—¿Por qué te gusta este lugar?

—Guarda recuerdos —admite, mordiendo su labio inferior. Observo el gesto sin poder evitar que esto cause estragos en mí.

Me parece extrañamente contradictorio descubrir que reprimir las cosas solo hace que regresen con más fuerza en algún punto.

Cada vez que me alejé de Chloe.

Cada vez que me quedé en la oficina para evitar que alguna interacción la hiciera odiarme o sentirse mal conmigo.

Reprimí algo a lo que nunca le di nombre.

Chloe era mi amiga más cercana en la adolescencia, la niña a la que le di mi chaqueta a los once años y la guardó por tres años con la esperanza de volver a verme para devolvérmela.

La adolescente que siempre entendió mis gustos raros por las medusas y mi elección por las películas ruidosas, a pesar de que ella le teme a las profundidades del océano y prefiere el silencio.

La mujer que, a pesar de todo lo que he hecho, todavía se levantaba algunos días para acompañarme a desayunar y me esperaba para cenar; que me acompañaba a casa de mis padres y sonreía cuando decían algo que me hacía enojar.

Ninguno de nosotros eligió este matrimonio y, justamente por eso, había decidido alejarme. Si su felicidad era no ser obligada a estar a mi lado como la «esposa trofeo» que tanto odiaba en la adolescencia, entonces yo estaba dispuesto a darle eso. Pero, claramente, las percepciones se distorsionaron.

—Chloe…

—Dime —musita distraída, llevando sus dedos al cuello de su mascota. Es como si no pudiera dejar de tocarlo luego de su miedo por perderlo.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Levanta el rostro y su mirada encuentra la mía.

—Por todo, el malentendido, los años de amistad que tiré a la basura, estos meses de matrimonio…

—No me arrepiento de nuestro matrimonio.

—Yo tampoco, no me estaba disculpando por estar casados sino por mi comportamiento desde la boda. —Ella asiente antes de encogerse de hombros.

—Ya deja de disculparte, ambos ahondamos el malentendido sin buscar la forma de solucionarlo. —Se quita la bufanda y suelta un suspiro, bajando la vista a su regazo—. Solo una cosa… ¿puedes ir a los siguientes desfiles? Sé que seguramente estarías ocupado, pero…

—No me he perdido ningún desfile tuyo, Chloe. —Su ceño se frunce y vuelve a mirarme confundida.

—Nunca te he visto allí.

—No, pero he ido a los tres que has hecho, no sé nada de moda, pero no puedo creer que realmente hayas creados tantas cosas impresionantes. —Sonríe, sacudiendo la cabeza.

—Siempre me ha gustado.

—Sí, tenías algunos dibujos chuecos de ello en la adolescencia.

—¡Oye! Era bastante buena para ser novata. —Me señala con su dedo índice y Muérdago se aleja, yendo a recostarse en la alfombra marrón afelpada—. No sabía que habías ido.

—No quería entrometerme en lo que tanto te gusta.

—Siempre quise verte allí —admite en un susurro. Disuelvo el espacio entre nosotros y acaricio su barbilla con mi pulgar e índice—. Que aplaudieras mis logros.

—Siempre lo he hecho.

—¿Desde dónde no puedo verte? —Le ofrezco una sonrisa de disculpa e inclino la cabeza. Me interrumpe antes de que pueda hablar—: Y ya no te disculpes, solo… cambiemos.

—Lo haremos.

—Gracias.

Por largos segundos solo nos miramos en silencio, nuestras respiraciones mezclándose cuando disminuimos la distancia. Sus ojos marrones bajan de mis ojos a mi boca y luego de regreso.

—¿Chloe?

—¿Sí? —susurra, conteniendo la respiración.

—¿Puedo besarte?

—Eres mi esposo.

—Eso no es una respuesta —declaro. Ella cierra los párpados con un suspiro, la estela tibia de su aliento acaricia mis labios—. Puedo ser tu esposo y que tú no quieras que te bese, teniendo en cuenta las circunstancias…

—¡Por Dios! Sí, quiero —responde y es mi turno de suspirar—. Bésame, Max.

9. «CHLOE DENSMORE»

Chloe Hazethorn



Maxwell me está besando.

Corrección: mi esposo me está besando.

La calidez me envuelve y casi puedo derretirme contra él en un segundo.

No tengo forma de explicar la manera en que los fuegos artificiales estallan a mi alrededor al sentirlo: una de sus manos vuela a mi nuca y hunde los dedos en mi cabello para sostenerme, al mismo tiempo que su lengua acaricia mis labios.

No hay nada con lo que pueda comparar este beso.

A diferencia de Maxwell, cuando se anunció nuestro compromiso me dediqué únicamente a mi carrera y a intentar comprender por qué no era tan bueno como yo pensaba. No porque algo o alguien me lo prohibiera, sino porque, para explorar algo cercano a la sexualidad, sentía la necesidad de un vínculo, y no me pareció correcto engañar a alguien para crearlo cuando sabía que tendría que casarme.

Así que en realidad no había tenido un beso real que no fuera incitado por las apariencias que debíamos guardar.

Su lengua explora mi boca y clavo mis uñas en su brazo a través de la tela de su abrigo mientras suspiro.

Cuando él se aleja casi lo persigo instintivamente, pero desvía su rostro para presionar un beso sobre mi frente.

—Chloe… —Su voz aterciopelada hace que se me erice la piel.

—¿Sí? —susurro, con los ojos cerrados, temerosa de que pueda haberse arrepentido.

—¿Te gusto? —Separo mis labios hinchados y trago pesadamente.

—Yo… —Apenas puedo ordenar mis ideas después de ese beso—. Creo que sí.

—¿Crees? —cuestiona con una sonrisa divertida.

—No hemos pasado mucho tiempo juntos, desde el compromiso e incluso desde que nos casamos, pero… —Me aclaro la garganta—. Me gustaste en la adolescencia y creo que eso nunca cambió.

—¿Te gustaba cuando éramos amigos?

—No diría que era algo sumamente profundo, solo… me gustaba pasar tiempo contigo y todo lo que conlleva. Y asumo que si no me molestó casarme contigo fue porque me seguías gustando. —Pasea sus dedos por mis brazos hasta tomarme las manos y entrelazar nuestros dedos.

—Bien, supongo que puedo trabajar con eso.

—¿Trabajar con eso?

—Chloe, ya no podemos hacer nada. Si no puedo hacer que *te enamores de mí,* la única solución es el divorcio.

—¿Te gusto? —devuelvo en un susurro y él se ríe.

Tenso los labios, haciendo amago de alejarme, pero me detiene.

—Mírame, Chloe. —Lo miro de mala gana—. Me gustas mucho, tanto que voy a hacerte mi novia.

—Ya soy tu esposa. —Levanto mi mano para mostrarle los anillos y él se encoge de hombros.

—Sí, pero nunca fuiste mi novia. Que seas mi esposa no me va a impedir hacerlo. —Sacudo la cabeza con un resoplido.

—¿Y qué puede hacer Maxwell Densmore para que me enamore de él?

—Cualquier cosa por ti, *mi vida* —declara, besando la comisura de mis labios.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa que *mi esposa* quiera. —Asiento mientras su rostro espolvorea besos por mis mejillas hasta mi oreja.

No recuerdo cuando fue la última vez que me besó, pero estoy casi segura de que solo fue para convencer a personas ajenas al desastre que es nuestro matrimonio en realidad.

Esto es real. Solo *nuestro*.

—¿Podemos hacer un muñeco de nieve? —Sus brazos me rodean y la calidez de su cuerpo me envuelve.

—Lo haremos.

—¿Y cenar juntos para Año Nuevo?

—Por supuesto, *mi vida.* —Sonrío ante esa forma de llamarme.

—Haremos galletas mañana —anuncio.

—Soy bueno en la cocina.

—Y muñecos de nieve —añado con una risita.

—Que gane el mejor —susurra, levantando mi barbilla y volviendo a besarme.

La piel me cosquillea bajo su atención; mi mente se licúa y todo lo que puedo pensar, ver, sentir y respirar *es él.*

—Sigo pensando que hiciste una terrible elección al huir hacia acá, sabiendo que no puedes lidiar con el frío. —Su nariz acaricia la mía que se encuentra helada.

—La calefacción está bien y tú también puedes calentarme, ¿o no?

—Por supuesto —murmura, y besa mi nariz—. Justo ahora iremos a la cama para que pueda hacerlo.

Suelto un chillido cuando pasa un brazo por mi espalda y el otro bajo mis rodillas, levantándome junto con las mantas para llevarme a la habitación. Me deja sobre la cama, levanta las sábanas y me cubre con ellas antes de deslizarse a mi lado.

—Ven aquí.

—Primero, quiero una prueba de que has ido a mis desfiles —demando, entrecerrando los ojos.

—¿Disculpa? —Sus cejas se fruncen.

—Pruébalo. —Alzo la barbilla, desafiándolo.

—¿No me crees?

—Te creo, pero podrías estar intentando salvarte ahora.

—¿Por qué lo haría?

—Dime cuál vestido recuerdas o el nombre de la pasarela —ordeno. Se ríe entre dientes y sacude la cabeza—. ¿No recuerdas ninguno?

—Tengo algo mejor que eso —alega, estirándose hacia la mesilla auxiliar, alcanza uno de sus celulares, lo desbloquea y parece navegar por las aplicaciones antes de extendérmelo.

—¿Tienes fotos?

—Tengo algo mejor —afirma mientras tomo el celular.

Tiene algo mejor que solo fotos.

«Chloe Densmore» es una carpeta en la galería de su celular con *trescientas cincuenta y seis* fotografías mías.

Desde mis quince años: fotos en fiestas, en reuniones, nosotros juntos. Recuerdo algunas; Maxwell siempre me tomaba fotos entonces. Todavía éramos amigos, así que para mí era normal. Yo también tenía algunas suyas en mi celular.

Evoluciona. Hay fotos tomadas de mis redes sociales, fotos de nuestra boda, algunas en nuestra casa mientras juego con Muérdago, unas pocas en las que salgo dormida o concentrada, trazando bocetos.

Tiene fotos de mis desfiles: la pasarela final, en la que me acompañan las modelos. Los tres desfiles.

—¿Qué es esto? —cuestiono, sin aliento.

—Querías pruebas. He ido a todos —resuelve tranquilamente, como si no acabara de abrir una puerta a su fijación de años.

—Me has estado tomando fotos por años —susurro mientras lo miro—. ¿No crees que es un poco acosador?

—Tal vez.

—¿Y no te avergüenza? —Se ríe y retira su celular de mis manos.

—¿Por qué me avergonzaría?

Me aclaro la garganta.

—No, quiero decir… Supongo que no es raro que tengas las actuales, pero ¿qué pasa con todas esas fotos de la adolescencia?

—No tienen ningún sentido perverso detrás, si es lo que te preocupa.

—No pensé en eso —admito, mordiendo mi labio inferior—. ¿Por qué guardas fotos mías desde hace tanto tiempo?

—Siempre he tenido sentimientos por ti, Chloe. —Su brazo me rodea los hombros y me lleva con él cuando se deja caer hacia atrás.

Me acomodo sobre su pecho e inclino la cabeza hacia arriba para mirarlo, sintiendo la respiración agitada.

Él extiende las sábanas sobre mí, cubriéndome hasta los hombros y apretando sus brazos a mi alrededor para asegurarse de resguardarme del frío.

—Amistad, confianza, afecto; eras mi mejor amiga, la única que he tenido. Después un poco de confusión, negación, temor a que me odiaras. —Sus dedos acarician mi cabello y sus labios rozan mi coronilla—. No hemos sido un matrimonio normal y hemos actuado de la forma equivocada, pero eso no cambia la historia que hemos tenido desde que nos conocimos, Chloe.

—Yo…

—Entiendo que creas que es diferente porque me he mantenido alejado los últimos años, pero no será de esa forma a partir de ahora.

Mis ojos se cristalizan y parpadeo las lágrimas para evitar que caigan sobre su abrigo. Arrastro mi mano por su pecho y me acerco más a él, como si pudiera meterme bajo su piel.

Presiono un beso sobre el latido de su corazón y escondo mi rostro en la cuna de su cuello cuando confieso:

—Yo también tengo sentimientos por ti, Max.

—Lo sé, *mi vida.*

10. LAS CONFESIONES CORRECTAS

Chloe Hazethorn



28 de diciembre de 2022

Patinar no es de mis actividades favoritas, así que presiono con fuerza la mano de Maxwell mientras nos movemos sobre la pista en Lansville.

—Vas a pagarme esto, Maxwell Densmore. —Él se ríe, girándose para patinar de espaldas mientras sostiene mi mano porque patino más lento temiendo caer.

—De hecho, eres tú quien está pagando las veinte películas clichés que hemos visto en las últimas horas, mi vida.

—No hemos visto veinte —me quejo con un resoplido.

—Cerca de veinte —rectifica, deteniéndose por lo que me estrello contra su pecho cuando no puedo hacer lo mismo. Su mano se posa en mi espalda baja para presionarme contra él—. Pero con mucho gusto le exhorto a solicitar el método de pago que quiera.

—¿Por qué siento que eso suena a que estás ofreciéndome tu cuerpo como pago? —cuestiono, entrecerrando los ojos.

—No me importaría pagar de esa forma, las deudas no me gustan, señora Densmore.

—Ah, ¿no?

—No, mi esposa puede elegir el pago que quiera —resuelve, encogiéndose de hombros. Nos guía sobre la pista congelada,

todavía sosteniéndome en su brazo.

Desde ayer hemos estado viendo películas de Navidad que yo he elegido, esta mañana salimos a pasear a Muérdago y nos detuvimos en una cafetería cercana para resguardarnos un poco del frío mientras tomábamos una bebida caliente.

Nuestra primera cita *real*.

Conversamos sobre algunas cosas de los años de nuestro compromiso y descubrí que no han cambiado muchas desde que éramos amigos en la adolescencia.

Todavía odia los conciertos, pero ama las películas ruidosas; le gusta tocar el piano y tiene cierta fascinación por los payasos. Aún siente curiosidad por el océano y ha buceado un par de veces, pero su fascinación son las medusas. Su mayor miedo es la pérdida de las personas que ama y su rasgo más inusual es que no puede mentir con facilidad porque lo odia.

Luego almorzamos y jugamos Scrabble en la cama por media hora antes de aburrirnos y decidir que podíamos venir a patinar.

Por supuesto que mi plan no era realmente patinar sino verlo a él mientras lo hacía, pero Maxwell es demasiado insistente cuando quiere algo, y eso era que patinara con él.

—¿Entonces?

Me encojo de hombros rodeando los suyos con mis brazos mientras nos movemos junto.

Corrección: Maxwell me lleva por la pista.

—Me interesa ese método de pago, sí.

—Está disponible en cualquier momento que quiera que su deuda sea saldada —susurra, inclinando su rostro hacia mi oreja. Su aliento tibio eriza mi piel.

—¿Cualquier momento?

—Cualquier momento —afirma. Lo sigo mirando por largos segundos, sintiendo la boca seca—. ¿Bailamos?

—¿Aquí?

—Sí, ¿por qué no? —Me mantiene cerca, con su mano presionada en mi espalda mientras giramos más de lo que en realidad bailamos.

—¿Quieres bailar conmigo?

—Siempre bailaré contigo, mi vida.

Hay una canción sonando en los altavoces, más personas se mueven al ritmo de la música mientras patinan.

—Cuando bailamos en nuestra boda parecías aburrido.

—En realidad estaba preocupado —admite con una pequeña sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque hacía meses que no te veía y apareciste luciendo… diferente.

Coloco mi otra mano en su hombro con un suspiro.

—¿Diferente en el buen o en el mal sentido?

—Siempre en el bueno, no hay nada malo contigo. —Levanta una mano para quitar un copo de nieve de mi cabello—. Estabas preciosa ese día, Chloe.

Sus iris se oscurecen mientras me observa, y yo le devuelvo la mirada, sintiendo lo que se construye y no decimos.

La tensión que no podemos tocar, pero que se siente en la piel, en los momentos que menos esperas; la manera en que la sangre corre vertiginosa, haciendo cosquillas, como si nos tocáramos con la mirada.

—¿Entonces, por qué era diferente? —cuestiono, levantando la barbilla.

—Te veías diferente porque ya no lucías como una adolescente. A los veinte todavía parecías de dieciséis.

—¿Eso es un cumplido?

—Aclaro los hechos. —Ruedo mis ojos mientras me balanceo hacia la izquierda esta vez y él me sigue el baile sin sentido—. Así que cuando tenías veinte era fácil decirme que lucías muy joven para mí, pero entonces apareciste en la boda siendo deslumbrante. —Las comisuras de mis labios se alzan involuntariamente—. Y pensé en lo difícil que sería mantenerme alejado de ti cuando estaba a unos minutos de *ser tuyo y de que fueras mía.*

—Maxwell…

—Me sentí un perdedor porque estaba seguro de que podrías llegar a odiarme si me acercaba demasiado, pero de todas formas estaríamos unidos. Tenía tan cerca y tan lejos a la vez a la mujer más impresionante que había estado alrededor de mí jamás… —Tomé aire entre los labios, sintiendo mi corazón golpear con fuerza la parte frontal de mi caja torácica.

—¿Y ahora? ¿Cómo te sientes? —cuestiono sin aliento, adorando la forma en que sus ojos me miran justo reflejando sus palabras, como si fuera la mujer más impresionante.

Me sorprende entonces lo que un par de horas pueden hacer por las personas, como una simple confesión de enojo puede cambiar absolutamente todo.

Cuando le grité a Maxwell en Nochebuena, en medio de mi enojo e impotencia por la situación con mi mascota, no esperé que el resultado fuera este. Al contrario, pensé que tal vez me ignoraría, luego se sentiría culpable y me ayudaría con Muérdago, pero al día siguiente volveríamos a la misma rutina.

Compartir el desayuno, saltarnos la cena, aparecer como la pareja más feliz frente a la gente y luego la soledad de que Maxwell pasara más tiempo en el trabajo que en nuestra casa.

Pero entonces hicimos las confesiones correctas.

—Ahora, creo que tengo la oportunidad de no ser un perdedor, pero todavía estoy preocupado.

—¿Por qué? —Mi voz es un susurro y su aliento espolvorea mis labios cuando responde:

—Porque no estoy seguro de cómo estar a la altura para hacer feliz a la mujer más impresionante que ha estado a mi alrededor jamás —susurra antes de que sus labios alcancen los míos, suelto un suspiro contra ellos.

Maxwell ahueca mi mejilla con una de sus manos enguantadas mientras me besa y yo llevo las mías a sus antebrazos, necesitando algo de lo que sostenerme para no derretirme contra él.

—No tienes que… —Me quedo en silencio cuando él vuelve a besarme, primero prolongado y húmedo, luego solo está dejando pequeños besos sobre las comisuras de mis labios que borran lo que sea que iba a decir.

—¿No tengo que…? —indaga. Mis dedos se aferran a su abrigo y sacudo la cabeza, sintiendo mi piel calentarse bajo las capas de ropa.

—Estamos casados, no se supone que solo tú me hagas feliz a mí, debe ser mutuo —susurro, Maxwell empuja mi cabello detrás de mis hombros sacudiendo la cabeza.

—Tu sola existencia me hace feliz, *mi vida.*

—Ah, ¿sí? No me digas —ironizo y él ríe, besa mi nariz esta vez antes de tomar mi mano y comenzar a patinar, llevándome con él fuera de la pista—. ¿No vas a decir algo más creíble?

—Creo que las acciones son mejores a estas alturas. —Se encoge de hombros—. Vamos, no queremos que te resfríes.

—Tú tampoco.

—Yo tampoco —concuerda cuando nos dirigimos afuera y me ayuda a quitarme los patines.

Y mientras hace eso, yo muerdo mi labio inferior para contener la sonrisa boba que quiere curvar mis labios.

Cuando regresamos, Maxwell acaricia a Muérdago entre las orejas y se inclina para murmurarle algo que no entiendo, pero yo lo observo a él.

Su cabello rubio está desordenado, los iris grises ya no se encuentran enmarcados por pequeñas líneas rojizas producto de su falta de sueño, ha estado descansando, por supuesto.

—Max…

—¿Sí? —responde, todavía haciéndole mimos a Muérdago.

—¿Puedes llegar más temprano a casa? —Su rostro se levanta para mirarme.

—Seguro.

—Quiero que cenemos juntos al menos un par de veces a la semana —propongo.

—Lo haremos todos los días, no te preocupes.

Muerdo mi labio inferior y siento mis orejas calentarse cuando vuelvo a hablar:

—Y quiero que tengamos citas.

—Lo haremos, mi vida. —Finalmente se endereza antes de estirarse hacia mí y presionar sus labios sobre los míos—. Tendremos todas las citas que podamos, viajaremos adonde quieras y haremos todo lo que se supone que deberíamos haber hecho estos meses.

—No hay un manual sobre lo que debimos haber hecho estos meses —enuncio, levantando un hombro. Él pasa una mano por su

cabello echándose hacia atrás hasta que su cabeza descansa contra el respaldo del sofá y sus ojos se dirigen al techo.

—No, pero se supone que deberíamos haber salido un poco: cenas, fiestas, viajes. Somos jóvenes, recién casados. Nueve meses es mucho tiempo perdido —susurra esto último más para él que para mí.

Extiendo una mano hacia su pecho y él presiona su palma sobre el dorso de la mía, arrastrándola hacia donde su corazón late apenas acelerado.

—No es tiempo perdido, hicimos muchas cosas, aunque no fuera juntos —murmuro y él solo hace un sonido en su garganta—. ¿Tienes sueño?

—No, ¿quieres chocolate?

—Podría tener una taza. —Asiente y se pone de pie para ir a la cocina.

Regresa poco después colocando una taza entre mis manos y se queda con una.

Bebemos en silencio, solo interrumpido por el sonido del viento en el exterior. Pero nos miramos de vez en cuando, mencionando solo algunas cosas al azar que no tienen importancia ahora.

Cuando ambos terminamos, llevo las tazas a la cocina y busco algunas mantas para ponerle a Muérdago en la sala.

—Debí traerte una cama, ¿cierto? —Le acaricio entre las orejas sentándome en el suelo a su lado—. La próxima vez te compraré una, ¿bien? —Beso su cabeza—. ¿Tú qué crees de todo esto?

Acomodo el cono para que no le moleste el cuello.

—De mi matrimonio, de tu papel aquí porque fue tu culpa que yo explotara, ¿okey? —Muérdago me mira—. Por supuesto que lo fue, si no te hubieras tragado esa cosa no me hubiera desesperado tanto ese día. —Ladea la cabeza—. Deja de juzgarme con esa mirada. —

Me pongo de pie, señalándole la improvisada cama con las mantas antes de encaminarme a la habitación—. Buenas noches.

—¿Por qué peleabas con Muérdago? —cuestiona Maxwell desde el baño, frente al lavabo, con su cepillo de dientes en la mano. Me acerco, deteniéndome a su lado para tomar mi propio cepillo.

—Por nada, sigue incómodo con el cono. —Maxwell asiente y lo imito comenzando a cepillarme.

Es una estupidez, pero es algo que nunca hemos hecho juntos desde que nos casamos. No es como que haya un manual para las parejas casadas, pero realmente me gustan las cosas cursis que se pueden hacer juntos y, a pesar de lo raro, esta es una de ellas.

Cuando terminamos ambos nos vamos a la cama y yo miro al techo por un buen rato mientras escucho la respiración de Maxwell acompasarse hasta que parece estar profundamente dormido sobre su costado.

Entonces me giro hacia él, levanto su brazo y me meto allí, contra su pecho, cuando la brisa golpea la ventana y puedo ver la nieve caer sin cesar.
Su brazo se afianza a mi alrededor y sus labios rozan mi frente.

—¿No puedes dormir?

—Ahora seguro que sí —susurro de vuelta, y él suspira mientras yo disfruto la sensación de finalmente sentir que puedo tener un futuro feliz con mi esposo.

11. NUBE DE ALGODÓN DE AZÚCAR

Chloe Hazethorn



29 de diciembre de 2022

—Tus dotes en la cocina son buenos, solo si estás lejos de la repostería.

—Que graciosa. —Maxwell rueda los ojos desechando su intento de galletas que ahora están quemadas.

—Pero si te hace sentir mejor, no tengo problemas con hacer galletas para ti. —Le ofrezco de mi bandeja y él entrecierra los ojos.

—Será mejor que dejes de alardear ahora, *cariño.* —La última palabra está teñida de un tipo de advertencia a la que no le tienes miedo.

De hecho, quieres empujarla a un lado y averiguar qué es lo que viene detrás.

—No estoy alardeando. Solo digo que está bien que uno de nosotros sea un desastre en la cocina.

—Cuando tenías quince quemabas hasta el agua.

—Bueno, tenía quince —me excuso y coloco mis galletas con formas de casitas de jengibre en un plato, luego relleno la bandeja con las que tienen forma de árbol de Navidad—. Y te estoy ofreciendo mis galletas como ofrenda de paz. No es mi culpa que tu ego esté herido y considere que estoy presumiendo.

—Por supuesto. —Se cruza de brazos mientras llevo la bandeja al horno.

—¿Estás haciendo un berrinche, Densmore?

—En lo absoluto.

—Yo creo que sí. —Rio y me alzo sobre las puntas de mis pies—. Para estar a mano, quiero decir que eres bueno preparando mi chocolate favorito. —Beso la comisura de sus labios.

—Soy bueno en muchas cosas, mi vida.

—Excepto en la repostería —reviro para molestarlo y levanto una mano con harina para tocar su mejilla.

—No necesito saber repostería si mi esposa lo sabe y estaremos juntos hasta que la muerte nos separe. —Sonrío y ladeo la cabeza trazando líneas blancas por sus mejillas, nariz y cuello—. Si me ensucias me tendrás que limpiar, Hazethorn.

—¿Por qué lo haría?

—Porque debes hacerte cargo de las consecuencias de tus actos.

—Solo quieres verme desnuda —bromeo, arqueando las cejas.

—Nunca dije que debías limpiarme en la ducha; con una servilleta era suficiente. —Mis orejas se calientan porque puedo imaginarlo—. Pero ¿honestamente? Sí, sería un excelente regalo de Navidad.

La admisión no debería tomarme desprevenida, pero lo hace. Y esta, junto con su broma ayer en la pista de patinaje, tiene mi sangre bullendo bajo la piel.

—Dijiste que no querías regalos de Navidad. —Una sonrisa nerviosa toca mis labios antes de que me aleje.

—Mentí.

—Puedo ver eso. —Trago pesadamente y sonrío en cuanto termino de limpiar su piel—. No dejes que se quemen, voy a rellenar los tazones de Muérdago —digo escapándome hacia la sala.

Llevo mis manos a mis mejillas y cuello para sentirlas caliente. Me muerdo la lengua mientras busco las bolsas con la comida de Muérdago.

—Sé que estás un poco aburrido, pero te prometo que mañana saldremos a pasear un poco más. —Le acaricio bajo el hocico y Muérdago hace un sonido de satisfacción—. Hace demasiado frío para que estés tanto tiempo afuera, ¿okey?

Coloco agua en el otro tazón vacío y luego regreso a la cocina.

—¿Qué quieres cenar? —cuestiona Maxwell sin mirarme.

—Pensé que iríamos a la ducha. —Me aclaro la garganta y él alza las cejas.

—¿Qué?

—Para limpiarte. —Maxwell parece confundido por un par de segundos antes de que su mirada se oscurezca.

—¿Estás segura?

—Debo hacerme responsable de las consecuencias de mis actos, ¿no? —Él se aclara la garganta sin dejar de verme.

Le extiendo una mano y la toma para seguirme hacia la habitación, cierro la puerta detrás de nosotros y lo guío al baño. Llevo mis manos a su abrigo y lo levanto.

—Chloe, no lo dije para que sintieras que…

—¿Tienes algún problema? —cuestiono, empujando hacia arriba también su camiseta. Coloco cada prenda sobre la tapa del retrete y deslizo mis manos por su pecho.

—No, solo… no quiero que pienses que me debes algo ahora solo porque hemos arreglado las cosas.

—La realidad es… —Me inclino para presionar un beso sobre su hombro desnudo y me muevo hacia el centro de su pecho—. Que esperé que lo hicieras desde nuestra noche de bodas.

—Chloe…

—No he hecho esto antes, Max —admito, sintiendo mis orejas calentarse otra vez. Su garganta se mueve en un pesado trago—. Nunca busqué a otro hombre porque no pude. La consciencia no me dejaba, pero esperaba que tú sí cumplieras tu papel conmigo.

—Maldición…

Mi estómago se oprime de vergüenza, pero sé que dejarlo en sus manos hará las cosas más lentas y yo no quiero esperar a que la tensión sea insostenible en algún momento.

Este es Maxwell, mi esposo. El hombre que me ha conocido desde que éramos niños, compartimos un vínculo, aunque no sea precisamente el amor de un matrimonio. *Todavía*.

—¿Segura? Podemos esperar… —Sus palabras se detienen cuando deslizo mis manos por su abdomen, rastreando su piel con mis uñas mientras me levanto sobre las puntas de mis pies hasta que puedo alcanzar sus labios.

—¿Esperar qué?

—A que estés lista…

—Estoy lista, Max —susurro contra sus labios. Sus párpados se cierran y suelta un gemido torturado, levanta una mano y acuna mi cabeza presionando suaves besos sobre mi boca—. Bésame, Max.

—Chloe…

—Por favor, *mi amor*.

Su determinación se rompe y su boca se estrella contra la mía.

Todo el cuerpo me cosquillea de anticipación cuando sus manos buscan tocar cualquier trozo de piel expuesto, pero todavía tengo toda mi ropa puesta así que eso es un problema.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos, pero siento la piel ardiendo, la sensibilidad en lugares donde no me había sentido

necesitada antes.

Encajamos en los lugares correctos, cada curva y relieve parece haber sido hecho para que existiéramos juntos. Termino de desnudarlo y él hace lo mismo conmigo, tomándose más de un minuto para mirarme cuando no hay barreras de ropa entre nosotros.

Siento la necesidad cubrirme ante su escrutinio, pero él toma mis manos antes de que pueda hacerlo.

—Si pudiera elegir como me gustaría verte por el resto de mi vida sería desnuda, mi vida.

—Mmm, no lo creo.

Se ríe y me guía a la ducha mientras nos besamos; el agua caliente nos baña y Maxwell me hace girar para presionar mi espalda contra su pecho y deslizar sus manos por todo mi cuerpo. Acuna mis pechos y sus dedos pellizcan mis pezones.

Echo la cabeza hacia atrás, descansando en su hombro mientras se me escapan jadeos y gemidos ante su agilidad. Cuando una de sus manos se aventura hacia abajo, presiono mis muslos juntos por instinto antes de que pueda tocarme. Él espera, besando mi cuello y mordisqueando mi oreja hasta que los separo nuevamente.

Estoy pegajosamente húmeda cuando sus dedos encuentran mis pliegues. Mi espalda se arquea y las sensaciones en mi vientre bajo se vuelven implacables.

—¿Nadie ha tenido el privilegio de tocarte?

—No…

—¿Por qué?

—Porque… soy solo tuya, Max. —Un sonido similar a un gruñido le abandona los labios.

—Solo mía… —secunda con un gemido y empuja uno de sus dedos dentro de mí—. ¿Qué pasa con tus orgasmos?

—Nadie…

—¿No has pensado en nadie más? —exige.

—Solo me toqué pensando en ti.

—Maldita sea —gruñe contra mi hombro y su dedo se curva en mi interior. Cuando intenta agregar un segundo dedo tiemblo entre sus brazos ante la presión.

Sus dedos van y vienen, acariciándome por dentro y por fuera, hasta que estoy rogando, hasta que apenas puedo respirar y mi cuerpo no tiene más remedio que rendirse a la espiral de placer que me envuelve en el orgasmo.

Max termina de lavarnos mientras estoy aturdida. Cuando salimos se encarga de secarnos con las toallas y luego me levanta hasta que enredo mis piernas en sus caderas llevándonos a la cama, mi espalda encuentra las sábanas y afianzo mis extremidades alrededor de él cuando veo sus intenciones de alejarse.

—¿Chloe?

—Eres mi esposo, Max. —Levanta una mano y aleja mi cabello de mi rostro.

—Lo soy.

—Entonces hazte cargo de mí —susurro contra su boca—. Te necesito —jadeo y él suelta un gemido. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos y tomo su miembro en mi mano.

Está duro, se siente pesado y caliente en mi palma. Mi boca se seca y mi sexo vuelve a palpitar de deseo.

—Chloe, cariño, no me hagas esto.

—¿Qué? —musito acariciándolo, Maxwell se deja caer a un lado y yo aprovecho para sentarme a horcajadas sobre sus muslos, inclinándome para besarlo sin dejar de frotarlo con mi palma—. ¿No quieres hacerlo?

—Por supuesto que sí.

—Estoy segura, Max. Te quiero dentro de mí —admito, desconociendo el tono confiado de mi voz en este momento.

—Mierda…

Me rio, disfrutando de la forma en que sus ojos bajan de mi rostro a mis pechos, tomo sus manos y hago que sus palmas los cubran. Echo la cabeza hacia atrás con un suspiro y me arrastro sobre sus muslos hasta que su erección encaja perfectamente entre mis pliegues, frotándome sobre él y cubriéndolo con mi humedad.

—¿Estás segura? —cuestiona como por décima vez.

Asiento, balanceando mis caderas, creando fricción entre nosotros.

—¿A quién más podría necesitar que no sea mi esposo? ¿No se supone que eres mío para eso? —Él sisea y entonces vuelve a hacernos girar hasta cernirse sobre mí.

—Soy tuyo para todo lo que quieras —murmura contra mi piel antes de fundirnos el uno en el otro.

Sus labios me exploran por completo, sus manos me tocan sin dejar ningún lugar y yo no podría sentirme más completa que al momento en que sus brazos me mantienen unida cuando siento que podría desmoronarme en otro orgasmo.

Y cuando su cuerpo me cubre mientras alinea su miembro con mi entrada, un atisbo de miedo me atenaza el estómago. Maxwell toma mi barbilla con sus dedos y me obliga a mirarlo cuando empuja sus caderas entre mis muslos, durante los primeros segundos no funciona, a pesar de que estoy empapada.

—Relájate, cariño. Déjame entrar —pide y su mano busca mi clítoris para acariciarme. Estoy tan sensible que siento como me acerca al orgasmo de inmediato por lo que esta vez, cuando empuja sus caderas, se abre paso en mi interior.

El ardor de su intrusión es una novedad; separo los labios con un gemido, al unísono del suyo.

Aun así, no hay nada más correcto que nosotros dos en este mundo, nada más perfecto que la manera en que encajamos y en que me hace sentir como si no existiera nada ni nadie más que yo.

Cuando mi cuerpo le permite deslizarse todo el camino en mi interior ambos jadeamos, sus labios buscan los míos, sus manos me masajean los muslos, la cintura, los pechos. Y finalmente comienza a moverse.

Las primeras embestidas son incómodas, sensaciones desconocidas a las que mi cuerpo se adapta rápidamente. Luego estoy gimiendo, jadeando y rogando mientras me muevo para igualar sus empujes hasta que el placer se vuelve demasiado y el orgasmo me hace ver chispas tras los párpados. Maxwell se viene un par de embestidas después, calentando mi interior.

Pocos segundos luego de que ambos bajamos de, lo que llamo la nube de algodón de azúcar del orgasmo, Maxwell presiona sus labios sobre los míos y luego me besa la cara hasta que suspiro extasiada.

—¿Cómo estás, *mi vida*? —Afianzo mis brazos alrededor de su cuello, temiendo que la plenitud desaparezca si se aleja.

—Estoy bien —murmuro, hundiendo mi rostro en su cuello—. ¿Y tú?

—Nunca he estado mejor.

—No me mientas. —Levanta el rostro para mirarme arqueando una de sus cejas.

—¿Por qué crees que lo hago? —Su mano ahueca mi barbilla y yo me encojo de hombros—. Chloe, sé que estos meses no he sido el esposo que mereces, pero eso no significa que te mienta para conseguir enmendar eso. —Le sostengo la mirada mientras desliza su mano hasta alcanzar la mía, pasea su pulgar sobre los anillos y

luego entrelaza nuestros dedos—. No quiero acortar el camino, quiero dar cada paso necesario para hacerte feliz, ¿está bien?

—Sí… —respondo en un susurro y él deposita un beso sobre mi frente esta vez.

—Bien, vamos a cenar.

—¿Podemos… hacerlo de nuevo? —Una sonrisa pícara surca sus labios y una de sus manos masajea mi muslo encajado en su cadera.

—¿Quién es esta criatura codiciosa que reemplaza a mi esposa? —cuestiona y yo siento mis orejas calentarse—. Primero vamos a cenar, luego lo haremos tantas veces… Huele a humo.

—¿Qué? —Muérdago ladra desde la sala y mi ceño se frunce, luego abro mucho los ojos—. ¡Las galletas!

12. LA RECETA PERFECTA

Chloe Hazethorn



29 de diciembre 2022

Mis cuñados no son tan agradables para mí.

Maggie y Cole Densmore no son mis personas favoritas de esa familia. Nunca me han agradado, ni siquiera los padres de Maxwell; afortunadamente, no se trata de que tengan algo contra mí, sino por su comportamiento con mi esposo. En general puedo convivir con ellos unas horas.

La presión que suelen poner sobre sus hombros no me parece normal y, aunque él no parezca tener problemas con ello, sé que a veces la pasa mal.

Maxwell, por ser el mayor, ha tenido que hacerse cargo de la empresa que su padre creó, junto a él. Sabía que ese era su destino desde hacía mucho tiempo, a menos que eligiera otro camino, pero Maxwell ama a su familia. Así que su elección fue clara desde muy temprana edad y no me molesta; tampoco me gustaría interponerme en sus decisiones.

Sin embargo, odio la manera en que dejan todo sobre sus hombros: la forma en que quieren que se encargue de todo y resuelva todo como si se tratara de una varita mágica, cuando todos ellos también tienen responsabilidad en el negocio familiar.

A pesar de mis emociones negativas hacia su familia, lo acompaño a pasar algo de tiempo con ellos.

A dos cabañas de la nuestra se encuentra la de sus padres, donde Maggie y Cole han decidido quedarse, como cada año, y encender una fogata a la que se han unido un par de vecinos más.

Hay varios asientos de madera en el patio; nos reunimos alrededor del fuego. Me quito los guantes para sentir la calidez contra mis palmas. Maxwell ocupa el lugar a mi lado y me entrega una taza de chocolate caliente. Muérdago está recostado a mis pies, disfrutando también de la calidez de la fogata mientras vigila a la pomerania inquieta de otra vecina.

—Debo decir lo extraño que es tenerlos aquí —habla Cole, sentándose al otro lado de mi esposo e intenta acariciar a Muérdago, pero este se aleja antes de que pueda tocarlo. Cole no le agrada ni a los perros.

—¿Por qué? —Maxwell arquea una ceja, mirando a su hermano.

—Porque apenas los hemos visto juntos desde su compromiso. —Mis dientes castigan mi labio inferior.

—No entiendo el sentido que quieres darle a eso —murmura Maxwell de mala gana.

Soplo mi taza antes de darle un largo sorbo. El chocolate amargo no es mi favorito, prefiero mi bomba de azúcar con chocolate extra, crema batida y malvaviscos, pero supongo que no los conseguiré aquí.

—No te hagas, Max. —Cole suelta una risa pícara—. Es un poco obvio que ustedes la estaban remando bastante mal en el compromiso y es un milagro que ahora congenien.

—¿Por qué no te callas? —sisea mi esposo.

Mantengo la vista en el fuego, ignorando su presencia por completo cuando una mujer se sienta a mi lado. La reconozco como la hermana de West, llegamos a congeniar cuando éramos adolescentes, aunque luego fue difícil vernos.

—¿Cómo estás, Chloe?

—Hola, Winifred. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —devuelve con una sonrisa, envolviendo su propia taza con las palmas—. Cuando West me dijo que vinieron no pensé que fuera real.

—Parece que todo el mundo piensa lo mismo. —Suelto una risita.

—Lo siento, es solo que ustedes parecen tan ocupados y citadinos ahora. Lo cual es raro porque solo venían a vacacionar aquí, pero igual se sentía como si fueran de aquí —divaga y se sonroja. Sopla su chocolate—. Pero me alegra que hayan vuelto.

—Gracias. —Asiento de forma distraída. Antes de que pueda darle otro sorbo a mi chocolate, Maxwell se acerca y me extiende algo—. ¿Qué es?

Extiendo mi mano libre para recibirlo. En una servilleta agrupa tres malvaviscos pequeños y dos trozos de chocolate negro.

—No encontré chocolate blanco —se excusa, señalando los trozos oscuros mientras los deja sobre mi palma abierta.

Mi pecho se calienta y una sonrisa estira mis labios.

—¿De dónde sacaste esto?

—Se los robé a mi hermana. —Me guiña un ojo, con una sonrisa traviesa tocando sus labios.

—¿Por qué?

—Así es como te gusta tu chocolate. La receta perfecta para la diabetes —bromea y pellizca mi mejilla en un gesto cariñoso—. Disfrútalo.

—¿No se enojará Maggie?

—No me importa. —Levanta un hombro, restándole importancia.

—Gracias. —Sonrío un poco más cuando él se inclina y presiona un beso en mi mejilla antes de volver con su hermano al otro lado de la fogata para mantenerla encendida.

Coloco los nuevos dulces dentro de mi taza y espero a que se derritan mientras levanto la vista hacia Winifred.

—Eso fue lindo —comenta. Asiento en silencio.

—West dijo que estabas de viaje —reviro, moviendo la taza para mezclar todo el dulce adicional mientras se derriten.

—Sí, pero no podía pasar Año Nuevo fuera de aquí también. —Se estremece como si esto fuera inconcebible—. ¿Cómo les va? El matrimonio a veces es complicado.

—Bien, nos hemos adaptado bien —simplifico y aclaro mi garganta—. Por supuesto es complicado mantener el equilibro con nuestros trabajos, pero lo llevamos bien.

—Me alegra, mamá siempre dijo que lo conseguirían.

—Tu madre nos estuvo emparejando desde que yo tenía doce, Winnie. —Suelto un gemido de fastidio que la hace reír.

—Vio el futuro.

—O simplemente quería molestarnos.

—También —afirma sonriendo—, pero tuvo razón, ¿o no? Ustedes están casados ahora.

Winnie comienza a hablar sobre su trabajo, es azafata, por lo que pasa mucho tiempo fuera de casa. Su mascota, Cascabel, juega con Muérdago parte de la noche mientras escuchamos historias de las personas alrededor de la fogata.

Aunque sigo hablando con Winnie cada tanto, cuando susurra alguna objeción sobre la historia que estamos escuchando, soy consciente de que Maxwell regresa a mi lado, busca mi mano y entrelaza nuestros dedos. Pero poco después vuelve a irse.

—Hola, Chloe. Escuché que estaban aquí, pero no los había visto. —Miro a la pelirroja que coloca sus manos en mis hombros y besa cada una de mis mejillas en saludo cuando me pongo de pie.

—Hola, Kendra. No hemos salido demasiado. —Me limito a responder, mirando alrededor.

Kendra Harrison es demasiado habladora para mi gusto, pero Winnie fue a buscar un vaso de agua y Maxwell está colocando más troncos a la fogata junto a su hermano, así que ahora estoy atrapada con ella.

No puedo evitar sentir que hay algo extraño en el aire, como que se ha hablado demasiado de nuestra visita por aquí y algo acecha en el fondo. Un rumor o algo similar.

No podría decir que me importa mucho, pero siento la piel de mi nuca cosquillear con incomodidad.

—¿Qué tal la vida de casados? —curiosea, mientras acomoda su bufanda colorida.

—Bien.

—Puedes ser honesta conmigo, Julio y yo llevamos siete años casados y sé lo complicado que es.

—Pues sí, es complicado, pero nada que no podamos superar en pareja. —Me encojo de hombros.

—Por supuesto, es así. —Asiente y se aclara la garganta—. La verdad es que, para ser honesta, pensé que ustedes no durarían.

—Ah, ¿sí? —Evito rodar los ojos con molestia, mirando alrededor para pedirle ayuda a Maxwell y deshacerme de ella. Pero parece bastante entretenido discutiendo con su hermano.

—Sí, quiero decir... No es que los veamos mucho, pero pensé que no sobrevivirían a aquella mujer que estuvo en la cabaña hace unos meses —susurra demasiado alto.

La forma en que mi espalda se tensa casi podría romperla.

¿Qué mujer?

—Quiero decir, casi nadie hizo mucho caso, pero ella se veía bastante cómoda con Maxwell cuando vinieron. Pensamos que tal vez planeaban vender la cabaña y por eso parecía tan feliz con él.

—Nunca hemos pensado en venderla. Fue un regalo de su abuela —interrumpo, intentando mantener la compostura.

¿Maxwell trajo a una mujer a la cabaña?

¿Quién era? ¿Por qué no me lo dijo?

Mi estómago se revuelve y las palmas se me humedecen. Siento una gota de sudor helado recorrer el centro de mi espalda y una sensación asquerosa asentarse en la base de la garganta.

El desconcierto, la rabia y algo más que no sé reconocer me atenazan el pecho con una mano viscosa que amenaza con exprimir mi corazón hasta hacerlo polvo.

Sé que no debería hacerme ideas, que ni siquiera debería confiar en las palabras de Kendra, porque habla mucho y algunas cosas las inventa por su sed de información. Pero, si es cierto, significa que Maxwell me ha ocultado algo.

Me ocultó que otra mujer vino a nuestra cabaña. ¿Por qué? Las remodelaciones las hizo un hombre, no una mujer. No tenía razones para ver a alguien por ese tema.

Una especie de migraña me hace palpitar la parte izquierda de la cabeza, la voz de Kendra suena como un pitido molesto y ni siquiera sé de qué se supone que sigue hablando.

Sin poder soportarlo más, me inclino para tomar la correa de Muérdago.

—Tengo que irme ahora, Muérdago tiene frío.

—Ay, sí, pobrecito. ¿Por qué tiene el cono? —Kendra sale de su monólogo acerca de pinturas que ni siquiera estaba escuchando.

—Tuvo una intervención reciente, no quiero que empeore —simplifico, instándolo a caminar lejos de la reunión. No tengo que

pasar por el interior de la casa para salir de la propiedad por lo que me escabullo rápidamente hacia nuestra cabaña notando la avalancha de emociones que me carcome.

Son celos.

Siempre he tenido esa sensación asquerosa cuando escucho acerca de alguna mujer teniendo atenciones con Max. No importa si él no les hace caso; siempre me he sentido incómoda con eso. Antes no pude darle un nombre porque no lo entendía, pero ahora sí: son *celos*.

Celos incómodos y asquerosos que me carcomen, derivados de los sentimientos por él que he reprimido a lo largo de los años.

El hecho de que esta nueva información haya llegado en un momento en que hemos estado intentando encaminar nuestro matrimonio por un buen camino lo ha empeorado.

Siento celos porque estoy enamorada de mi esposo. No sucedió en estos días, son sentimientos que se han venido desarrollando a lo largo de los años, y decidí no darles un nombre porque él se había alejado.

Me he estado mintiendo, diciéndome que quería que este matrimonio funcionara porque hemos sido amigos durante años; pensando que estaba bien conformarme con que fuéramos solo amigos dentro de esta unión legal y de por vida que tenemos.

No es así.

Y ahora la realidad me golpea con fuerza al saber que existe la posibilidad de que él me engañara dentro de nuestro matrimonio.

Abro la puerta de la cabaña y dejo entrar a Muérdago. La nieve y la ventisca son salvajes en el exterior, pero yo me siento como lava ante las emociones que siguen encontrando su lugar dentro de mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas y me deshago del abrigo húmedo junto a las botas antes de dirigirme a la habitación de invitados.

Cierro la puerta con seguro, camino hacia la cama y me hago un ovillo bajo las sábanas.

Estoy enamorada de Maxwell.

Muérdago nota mi estado de ánimo y se sube a la cama conmigo, no debería dejarlo porque hemos estado afuera por un par de horas, pero decido que me preocuparé por eso mañana.

Me cubro por completo con las sábanas y sollozo sin preverlo.

¿En qué momento caí de esta forma?

Y tal vez en este momento no debería asustarme la probabilidad de tener sentimientos tan profundos por él. Se supone que lo estamos intentando, se supone que estamos dando pasos por hacer emerger nuestro matrimonio luego de hundirlo.

Pero ¿y si es temporal?

¿Y si Maxwell vuelve a ser el mismo de hace una semana cuando regresemos a nuestro hogar?

¿Y si realmente trajo a alguien más a nuestro lugar?

Esto último se siente poco probable, seguramente hay una explicación lógica, pero me molesta que no sintiera la necesidad de mencionarlo.

Me aterroriza la forma en que me aplastó la rabia en cuanto Kendra mencionó a otra mujer porque solo bastaron estos días en la cabaña para que se fusionaran todas las emociones que se han estado guardando en mi interior desde hace tantos años.

Porque al final no me enamoré del hombre que me ha estado ignorando por tanto tiempo.

Me enamoré del niño que me regaló su chaqueta cuando éramos pequeños. Del adolescente que me acompañó en los recreos del colegio. Del hombre que tiene trescientas cincuenta y seis fotos mías en su celular, y que encontró la forma de que atendieran a mi mascota para que dejara de llorar.

Pero, de todas formas, me asusta.

Maxwell ya rompió mi corazón una vez cuando se alejó sin previo aviso después de nuestro compromiso. No podría soportarlo una segunda vez, sobre todo ahora que acabo de descubrir la magnitud de mis sentimientos por él.

13. NO ES UN MILAGRO NAVIDEÑO

Maxwell Densmore



—Jean —mi secretaria— está llamando cada día, desesperada por contactarte.

—Le dije que estoy de vacaciones —simplifico, arrojando algunos trozos de madera a la fogata para mantener el fuego encendido a pesar de la ventisca.

—Es que es una novedad. No has tomado vacaciones desde que entraste.

—Siempre hay una primera vez. —Le resto importancia.

—¿Y hay alguna razón para eso?

—No es asunto tuyo. —Ruedo los ojos y arrojo un par de trozos más de madera al fuego.

—¿Estás matando dos pájaros de un tiro y usándolo como tu luna de miel? —Suelto un resoplido y desvío la vista hacia donde se encuentra Chloe cuando noto el movimiento.

Ella se pone de pie, le dice algo a Kendra, la pelirroja a su lado, y luego guía a Muérdago a la salida. Supongo que lo llevará a la cabaña, ya que ha pasado varias horas con nosotros expuesto al frío que hace, a pesar de la fogata.

—¿O estás tratando de contentar a tu esposa por alguna razón grave?

—Deja de joder, Cole —espeto, frunciendo las cejas mientras veo a Chloe alejarse sin siquiera avisar.

Espero que regrese, pero media hora después todavía no lo hace, por lo que me despido de mis hermanos y el resto de las personas alrededor del fuego antes de dirigirme a nuestra cabaña.

En cuanto abro la puerta me recibe la sala vacía, pero su abrigo y botas están aquí. Camino hacia la habitación principal.

—¿Chloe? —No obtengo respuesta.

La habitación principal está vacía al igual que el baño, no hay rastro de ella o de Muérdago a la vista, pero deben estar aquí. Golpeo la puerta de la habitación de invitados e intento abrirla acto seguido, solo para descubrir que tiene seguro.

—Chloe, ¿está todo bien? —No responde, pero escucho movimiento al otro lado de la puerta. Los pesados pasos de Muérdago hacen eco contra el suelo de madera—. Chloe, respóndeme.

No lo hace.

—Chloe, si no me respondes, romperé la cerradura.

Por varios segundos creo que no lo hará, pero luego lo hace.

—Estoy bien. —Su voz, pastosa y débil, hace que la tensión se arrastre por mis hombros; no necesito ver su rostro para saber que está llorando.

—Chloe, habla conmigo. ¿Qué sucedió?

—Estoy bien. Buenas noches.

—¿Buenas noches? ¿Enserio, Chloe? —Presiono las manos contra la puerta y dejo caer la frente sobre la madera, rememorando cada segundo de esta noche.

A Chloe no le agradan mis hermanos, pero no tiene problemas para convivir con ellos. No la perdí de vista por más de cinco

minutos y Cole estuvo todo el tiempo a mi lado, que suele ser el más imprudente. Entonces, no pudo haber tenido ningún enfrentamiento con ellos.

Las demás personas de esta noche son solo vecinos al azar que hemos conocido a lo largo de los años, no son lo suficientemente importantes como para que Chloe le dé importancia a algún conflicto con ellos.

—Chloe, por favor, dime qué sucede. —No responde esta vez.

Permanezco allí, esperando, intentando encontrar respuestas, pero ella elige el silencio.

Mi estómago se oprime y una especie de desesperación me obliga a sentarme frente a la puerta, esperando cualquier señal de su parte.

No soporto la idea de que Chloe sufra, llore o se sienta mal. Esta es una de las razones por las que estamos aquí; verla llorar en Nochebuena fue una de las gotas que hicieron que el vaso se derramara.

No puedo irme a dormir, así que me quedo allí, sentando frente a la puerta, un poco tentado a ojear el trabajo que se está acumulando mientras estoy aquí, pero me digo que puedo resolverlo más adelante.

Chloe solo abre la puerta en la madrugada para dejar salir a Muérdago el cual busca agua en sus tazones, pero estos se encuentran vacíos, así que los relleno para él.

—Supongo que tú no me dirás lo que sucede con Chloe —mascullo, acariciando el pelaje oscuro—. Eso pensé.

Lo dejo en paz cuando se recuesta en su nido de mantas para dormir.

No es hasta que el sol sale que Chloe decide salir de la habitación de invitados para cruzar a la principal. Espero, sentado en el sofá,

con las dudas carcomiéndome en la punta de la lengua hasta que ella viene a la sala y se detiene frente a mí.

—Chloe, ¿qué sucede, mi vida?

—¿Trajiste a otra mujer a la cabaña? —Mis cejas se fruncen.

—¿Por eso estabas llorando? —Extiendo las manos para tocarla, sintiéndome aliviado de que no lo evite cuando la tomo de la cintura para acercarla.

Pero sus ojos enrojecidos e hinchados devolviéndome la mirada se sienten como una estaca al corazón.

—¿Trajiste a otra mujer? —cuestiona otra vez.

—No.

—¿Ni siquiera algún familiar? —Cruza los brazos sobre el pecho, alzando las cejas mientras me observa expectante.

—No, Chloe.

—Kendra dijo que viniste con una mujer hace unos meses y que se veía muy feliz contigo —informa, mordiendo su labio inferior con tan fuerza que este se blanquea.

Maldita Kendra.

Me aclaro la garganta.

—No te he engañado, Chloe.

—¿Entonces con quién viniste? —insiste con vulnerabilidad. Presiono mis dedos sobre el tabique de mi nariz.

—Fue Antonia, vino porque quería conocer la propiedad para construir una similar y regalársela a su esposa. —La mención de una de nuestras antiguas amigas del colegio no parece aliviarla—. Si no me crees, puedo llamarla y confirmarlo. Solo estuvo aquí unas horas, había visto la cabaña en fotos y quiso que se la mostrara.

—No es necesario —simplifica en un susurro y se dispone a alejarse, la detengo antes de que pueda volver a encerrarse en la habitación.

—Chloe, no hagas esto. —Envuelvo un brazo en su cintura, presionando el rostro contra su vientre—. Habla conmigo. ¿Qué sucede?

—Todo está bien. —Se da la vuelta, dispuesta a alejarse, mientras sus dedos intentan deshacer mi agarre en su cintura.

—Por supuesto que no está bien. Acordamos que no asumiríamos cosas sin preguntar, ¿recuerdas? Esa es la razón por la que llegamos hasta aquí llenos de malentendidos. —Poniéndome de pie, rodeo su cintura con un brazo—. No retrocedamos ahora. Por favor.

Me enfrenta, y sus ojos llenos de lágrimas me revuelven el estómago de culpa.

—Lamento no habértelo dicho, pero no tenía importancia. Ella solo quería verla para tener una idea y…

—Te amo, Maxwell.

Nunca pensé que un par de palabras pudieran sentirse como un balde de agua fría en medio de la nieve, pero estas lo hacen.

—Cuando Kendra mencionó que habías venido con otra mujer yo… tuve esta sensación tan enfermiza de celos, de rabia y odié cada segundo de ello —susurra, mordiendo su labio inferior—. Me di cuenta por qué se sintió tan… asqueroso.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorada de ti, porque te amo y el simple hecho de que estuvieras con alguien más, de que hubieras traído a otra mujer a nuestro lugar, me enfermó tanto que… simplemente no sé cómo sentirme —admite, preocupada de tal forma que es incluso adorable.

Mi corazón se acelera.

—Ya sé que es extraño, que resulta raro porque no estamos demasiado cerca desde que nos comprometimos. Que apenas tenemos unos días intentándolo, pero… no puedo con esto.

—¿Por qué no? —Mi respiración se vuelve dificultosa y acuno sus mejillas entre mis manos, limpiando sus lágrimas con los pulgares—. ¿Odias la idea de amarme?

—Me asusta amarte, Max.

—¿Por qué? —insisto. Cierra los párpados y deja escapar una respiración temblorosa.

—Porque todo ha sido tan complicado. Aunque hayamos resuelto nuestros problemas, nada garantiza que realmente funcionemos en nuestro hogar. Este momento, estar aquí, estos días, no son nuestra realidad en la ciudad…

—Pero lo será a partir de ahora.

—¿Por qué? —Es su turno para preguntar mientras abre los ojos.

La mirada asustada y esa expresión vulnerable casi me ponen de rodillas.

—Porque también te amo, Chloe. —Su respiración se detiene un segundo ante mi confesión desesperada—. Porque, aunque fue estúpido, ya sabes la razón por la cual me alejé de ti por tanto tiempo. No fue porque quisiera, fue porque pensé que podrías llegar a odiarme. Nunca he querido hacerte infeliz y ahora que sé que lo hice, solo puedo pensar en las formas de enmendar mi error por el resto de nuestras vidas.

—Max…

—Entiendo que te asuste, sobre todo con el camino que hemos recorrido desde nuestro compromiso. —Acaricio sus mejillas con los pulgares cuando más lágrimas recorren su piel—. Y no puedo prometer que seré perfecto, probablemente cometeré errores, pero nunca te lastimaría a propósito, Chloe.

Solloza y sus manos se aferran a mis muñecas.

—Cuando dije que sentía que no te conozco, me equivoqué. Sí lo hago. —Presiono mi frente sobre la suya—. Sigues siendo *mi Chloe*, mi mejor amiga y ahora mi esposa, sigues siendo la única mujer que puede ver cada parte de mí.

—Creo que amo cada una de ellas. Excepto cuando fuiste un imbécil.

—Me alegra que así sea. No mereces amar a un imbécil. —Una pequeña risa abandona sus labios en medio del llanto—. Estos días no son un simple *milagro navideño* que se quedará atrás, Chloe. A partir de aquí apenas estamos comenzando a construir nuestro matrimonio, ¿lo entiendes?

—¿Lo haremos?

—Por supuesto que sí, mi vida. —Presiono un beso sobre la comisura de sus labios—. Entiendo que tengas miedo, pero te prometo que tu corazón siempre estará a salvo conmigo.

—El tuyo también.

—Lo sé. Siempre he estado a salvo contigo, mi vida.

14. ENSÉÑAME LA DIFERENCIA

Chloe Hazethorn



30 de diciembre de 2022

—Quiero dejar de llorar.

—Tómate tu tiempo —murmura Maxwell, subiendo el cierre de mi abrigo.

—¿Te estás burlando de mí? —Sacude la cabeza, negando, a pesar de que sus labios se estiran en una pequeña sonrisa.

—Por supuesto que no, mi vida, pero siempre has sido de emociones fuertes, lo que te hace un poco llorona. —Suelto un resoplido y palmeo su hombro—. No te preocupes, aunque me hace sentir como una mierda verte llorar, sé que estás lidiando con ello.

—¿Volveremos aquí el próximo año? —cuestiono, cambiando de tema.

—¿Quieres? —Asiento tímidamente—. Entonces vendremos. Intentaré desocuparme antes del veinte, así podremos pasar la Navidad aquí e incluso decorar un árbol.

—Suena bien —admito. Maxwell se inclina para colocarme un calcetín en un pie y luego en el otro—. Y Muérdago no estará recién operado entonces, así que podremos jugar en la nieve.

—Suena como un buen plan —asegura mientras coloca la bufanda en mi cuello y luego evalúa su trabajo de vestirme después de la ducha.

Nos duchamos juntos y Maxwell decidió mantenerlo inocente, a pesar de que pude sentir su excitación. Supongo que mi llanto indetenible lo mantiene a raya, aunque no me importaría.

Me guía a la sala, ocupo un lugar en el sofá y él me cubre con las mantas, dejando el control remoto en mi mano mientras va a la cocina. Regresa pocos minutos después, y me entrega una taza de chocolate.

—Sin más dulces, porque ya has tomado demasiados, y no quiero que termines en un coma diabético antes de ver el Año Nuevo.

—Aguafiestas —me quejo, bebiendo de mi taza.

—No quiero llegar viudo al próximo año —simplifica, ocupando el lugar a mi lado.

—Salgamos a hacer un muñeco de nieve —propongo mientras lo observo por encima del borde de mi taza.

—Más tarde, cuando no haga tanto frío.

—Siempre hará frío. Termino mi chocolate y salimos, ¿sí? —No responde, pero sé que lo haremos, así que no intento convencerlo más. En cambio, curioseo—: ¿Cómo está el trabajo sin ti?

—¿Honestamente? No lo sé.

—Creo que es un gran avance en cuanto a tu adicción al trabajo. —Asiento con toda la seriedad que puedo reunir.

—Qué graciosa —se burla, entrecerrando los ojos hacia mí.

—De verdad, espero que no debas pasar diez semanas poniéndote al día. —Extiendo las piernas sobre las suyas, acercándome lo suficiente para que su brazo me rodee los hombros.

—No te preocupes, llegaré a casa temprano cada día.

—No lo digo solo por eso. Te veías cansado todo el tiempo, mi amor. —Suspira y presiona un beso sobre mi coronilla.

—¿Tienes alguna propuesta? —Me aclaro la garganta.

—No me malinterpretes, sé que amas tu trabajo y que tienes mucha responsabilidad allí, pero creo que deberías delegar un poco. Tu hermano podría unirse a ustedes en la empresa para que puedas tener menos carga sobre tus hombros. A la larga, podría afectar tu salud.

—Tienes razón.

—Y ya no tienes razones para evitarme, así que podrías llegar a tiempo. —Rodeo la taza con mis palmas, sintiendo mis orejas calentarse.

—No estaba en discusión —determina, levantando una mano para tomar un mechón de mi cabello y texturizarlo entre sus dedos—. ¿Algo más?

—¿Tú tienes algo en mente?

—Desayunar juntos —pide, trazando mi nariz con su dedo índice —. Sé que no te gusta despertar tan temprano, pero mi día empieza mucho mejor si podemos tener ese momento juntos.

—Está bien. Lo intentaré —concedo y presiono un beso sobre sus labios—. ¿Algo más?

—Deja de comer tantos dulces.

—No. ¿Siguiente petición? —Rueda los ojos y pellizca mi barbilla.

—¿Deberíamos adoptar otra mascota?

—Creo que Muérdago está bien solo por el momento, y no tenemos tanto tiempo para atender a dos mascotas.

—Tienes razón.

Seguimos proponiendo cosas, planeando el futuro, conversando mientras compartimos sonrisas y miradas cómplices.

—¿Tienes algún problema con nuestra boda? —cuestiona cuando nos estamos abrigando un poco más para salir.

—¿A qué te refieres?

—Fue planeada por nuestros padres, pero si quieres podríamos hacer otra…

—Me gustó nuestra boda —admito, tomando su mano para salir. Muérdago corre desesperado hacia la nieve mientras yo me estremezco por la ventisca fría—. Tal vez no fue la más romántica, pero creo que está bien. Ese fue el inicio de nuestra unión, y está bien que sea más real que perfecta. Pero ¿quieres que tengamos algo distinto?

—No, yo también creo que está bien.

Muérdago corre por la nieve para atrapar el juguete que Maxwell le arroja. Mientras tanto, me siento en uno de los peldaños de la entrada para observarlos.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas por razones que no puedo explicar.

En este momento se siente como una estupidez la razón por la que estuve llorando anoche, pero va más allá de eso.

Me asusta la magnitud de mis sentimientos por Maxwell porque, a pesar de haber estado alejados desde nuestro compromiso, lo amo sin importar los desplantes, y temo perderme en el camino.

Pero a veces el amor se trata más de confianza que de hechos pasados: confiar en que se esforzará por nosotros, confiar en que ya no está intentando alejarse para no hacerme sufrir como pensaba inicialmente, confiar en que tenemos suficientes oportunidad para hacerlo bien a partir de ahora.

—¿En qué piensas? —Maxwell limpia mis mejillas con su guante. Le sonrío.

—El futuro. —Separa los labios para decir algo, pero sacudo la cabeza—. ¿Hacemos un muñeco de nieve?

—Intentemos.

Muérdago corre entre nosotros mientras reunimos nieve para hacer el muñeco. En el proceso, golpeo a Maxwell con un par de bolas de nieve solo para molestarlo; él resopla y me devuelve un par más.

—Basta —advierte de espaldas a mí, levantando otro muñeco de nieve opuesto al mío.

—Fue Muérdago.

—¿Estás escuchando las acusaciones de tu ama, Muérdago? —Mi mascota lo mira, sentado en el pequeño espacio de pavimento limpio.

Hago otra bola de nieve y se la arrojo a Maxwell, golpeando su cabeza y llenando su cabello rubio de hielo.

—Chloe Natalie Densmore. —Suelto una risita.

—¿Así es como regañarás a nuestros hijos? —me burlo. Me mira por encima del hombro, entrecerrando los ojos.

—Así es como te advierto a ti que deberías empezar a correr ahora —advierte. Abro mucho los ojos y sonrío de lado, levantando la barbilla con desafío, pero suelto un chillido cuando él da grandes pasos hacia mí.

La nieve hace muy difícil mi tarea por lo que no tarda en alcanzarme. Sus brazos me rodean la cintura, levantándome del suelo y arrojándome sobre su hombro.

Muérdago ladra, pero decide que me he ganado el castigo y se queda tranquilo, mientras Maxwell me lleva por la calle hacia la pila de nieve más grande y me deja sobre ella.

Comenzando a cubrirme las piernas con la nieve a pesar de que intento luchar.

—Basta, Max.

—Qué casualidad, eso fue lo mismo que te dije hace unos minutos. —Suelto una risa ahogada cuando se recuesta sobre mí,

aplastándome en la nieve.

—Qué sensible eres —me quejo golpeando sus hombros hasta que se pone de pie, solo cuando Muérdago decide venir a defenderme y muerde su abrigo para tirar de él, intentando quitármelo de encima—. Gracias, Muérdago. Alguien debe ser sensato aquí.

—Suficiente, no podemos resfriarnos.

Se pone de pie y toma mis manos para hacer lo mismo conmigo. Entramos en la casa, temblando un poco por la helada llovizna que comienza a mojarnos.

Protesto cuando comienza a quitarme los abrigos. A pesar del frío infernal que está haciendo afuera, comienzo a sentir la piel arder cuando quita cada prenda y su mirada se desliza sobre mí.

—¿Deberíamos tomar otra ducha?

—Te gusta demasiado la idea de estar desnuda frente a mí —bromea, buscando en el armario hasta sacar nuevos abrigos, mantas y calcetines para mí.

—¿Honestamente? Sí —admito y mis orejas se calientan—. ¿A ti no?

Maxwell se acerca y arquea una de sus cejas.

—Creo que me reservaré mi respuesta.

—¿Por qué? —indago, sentándome al borde de la cama. Le extiendo una mano y deslizo la otra por su abdomen, arañando su piel.

—Chloe…

—Bésame —ordeno en un susurro.

No tengo que repetirlo. Una de sus palmas acuna mi cabeza cuando sus labios encuentran los míos.

Dejo escapar un gemido de apreciación cuando su lengua encuentra la mía y todo mi cuerpo cosquillea.

—Dijiste que lo haríamos todas las veces que quisiera —susurro contra sus labios. Un gemido torturado abandona su garganta.

—¿Hacer qué? —Mis orejas se calientan.

—Ya lo sabes.

—No lo sé. ¿Qué dije que haríamos? —Su rostro se mueve hacia mi cuello, besa mi piel y deja chupetones hasta la unión con mi hombro—. Quiero escucharte, mi vida.

—Maxwell… —protesto sin aliento cuando sus manos encuentran el borde de mi camiseta.

—Palabras, Chloe —Muerde mi hombro y me insta recostarme de espaldas en la cama—. Úsalas para pedirme lo que quieres.

—Tú también lo quieres. —Arqueo una de mis cejas y él se ríe.

—Te amo, pero eres demasiado impaciente —acusa, deslizando sus manos bajo mi camiseta.

—¿Por qué?

—Porque quiero ir despacio contigo, pero aquí estás, provocándome para que vuelva a follarte. —Abro mucho los ojos ante el tono sedoso de su voz y las palabras que acaba de decir.

Mis muslos cosquillean de anticipación.

—¿Por qué quieres ir despacio?

—Porque acabamos de descubrir las partes buenas de este matrimonio y acabas de entrar al maravilloso mundo de la química sexual. —Se está burlando.

—El hecho de que haya permanecido virgen no significa que sea tonta, Max —reviro, alzando las cejas.

—No dije que fueras tonta, no estés a la defensiva conmigo —reprocha, tomándome de las caderas y girándome sobre el estómago sin ningún esfuerzo—. Solo pensé que debía ser delicado en cuanto a los avances de nuestra relación.

—Estamos casados, Maxwell, ya no avanzaremos más. —Se ríe y engancha sus dedos en los bordes de mi pantalón para arrastrarlo por mis muslos. Sus pulgares rozando mi piel en el camino hasta quitármelos.

—Ya veo. ¿Entonces? ¿Qué tal si me dices lo que quieres ahora?

—¿Esto es una forma de subir tu ego? —Se inclina sobre mí, su cuerpo cubriéndome y su dureza presionando mi trasero.

Humedezco mis labios, sintiendo como mi vientre bajo se llena de una sensación ardiente.

—No, solo quiero evitar los malentendidos aquí también. —Su aliento golpea la base de mi oreja, mientras sus dientes raspan el lóbulo de esta. Mis párpados revolotean.

—Quiero que me hagas el amor, Max.

—¿Quieres eso? ¿O quieres que te folle? —Muerdo mi labio inferior.

—Podrías enseñarme la diferencia —propongo, arqueando la espalda para restregarme contra él. Un sonido similar a un gruñido abandona su garganta.

—Es una buena forma de empezar —concluye y comienza a besar cada parte de mi piel que puede alcanzar.

Mi cuerpo baila con el suyo en cada una de sus indicaciones. Cuando me gira a su antojo, levanta mis muslos para enredarlos en sus caderas y me acaricia entre ellos haciéndome humedecer, para deslizarse sin ningún impedimento dentro de mí.

—Max…

—Te amo, Chloe Hazethorn. —Mi cuerpo florece ante su admisión. Me arqueo debajo de él y mis paredes se tensan a su alrededor, manteniéndolo dentro—. Deberías aceptar ser mi novia.

Suelto una risita sin aliento cuando se retira y vuelve a empujar dentro de mí.

—Podría aceptar —susurro, besando su barbilla, mientras arrastro mis uñas por sus costados.

—¿Sí? —Asiento con un gemido—. ¿Quieres ser mi novia?

—Sí. Es posible que… mi esposo se enoje, pero… podemos conversarlo.

—Por supuesto, conversaremos con él. —Una sonrisa curva sus labios y sus embestidas se vuelven más rápidas y descoordinadas. Sin embargo, eso no impide que el placer llene cada célula de mi cuerpo mientras me aferro a él.

Me falta el aire, mis paredes palpitan a su alrededor y puntos blancos bailan tras mis párpados cuando el orgasmo me atrapa en una espiral delirante.

Susurro su nombre como un cantico de adoración mientras mi cuerpo sigue temblando debajo del suyo por largos segundos o tal vez minutos.

—Te amo, Maxwell Densmore —susurro contra su oído y eso es suficiente para empujarlo al borde del orgasmo.

15. EL MUÉRDAGO QUE NOS UNIÓ

Maxwell Densmore



31 de diciembre 2022

—Podemos volver adentro si quieres.

Chloe me da una mala mirada mientras yo alzo las cejas sugerente.

—Sería raro que no esperes Año Nuevo con tus hermanos, Max, ya deja de querer huir. —Suelto un resoplido y extiendo las manos para acomodar el gorro negro sobre su cabello lacio, su nariz se ve sonrojada y pequeños copos de nieve se encuentran sobre sus hombros—. Además, a Muérdago le gusta estar afuera.

Desvío la vista hacia el cachorro corriendo alrededor de la fogata.

—¿Ponche o chocolate? —ofrece Maggie, mi hermana, poniendo una bandeja frente a nosotros en la mesa. Chloe le da una sonrisa educada.

—Chocolate para mí, gracias —murmura tomando una de las tazas, yo sacudo la cabeza cuando mi hermana me observa expectante y luego se va.

—Del uno al diez, ¿qué tanto odias a mis hermanos? —susurro contra su oreja y Chloe frunce el ceño, negando con la cabeza.

—No odio a tus hermanos —susurra alarmada—. Simplemente odio que siempre dejen tanta presión sobre tus hombros, pero me agradan muchas veces.

—Trabajo bien bajo presión. —Me limito a responder, empujando los copos de nieve fuera de su cabello.

—Sabes que no hablo de trabajo, incluso fuiste el único que se casó por negocios para ayudar a la empresa de tus padres.

—En mi defensa, me gusta mi esposa, mis padres tienen buenos gustos. —Chloe resopla y se lleva la taza a los labios, cubriéndola para que la nieve no arruine su bebida, luego hace una mueca al encontrarlo amargo cuando ella suele beberlo con leche y un montón de dulces.

—No puedo esperar que robes más chocolates y malvaviscos hoy ¿cierto? —Agita sus largas pestañas intentando usar su poder de convencimiento.

—No, ya has consumido demasiado dulces y solo tenemos una semana aquí. —Pellizco su barbilla y ella se queja.

Mirando el reloj de mi muñeca vuelvo la vista alrededor.

Mis padres no están aquí, sin embargo, mis hermanos y sus parejas sí, también algunos de mis primos y amigos se encuentran alrededor de la fogata en el espacio abierto de la parte trasera de las casas.

En general no soy partidario de las celebraciones, pero Chloe y yo ya hemos pasado mucho tiempo siendo seres asociales desde que llegamos hace unos días, así que puede que ella se sintiera culpable y la ahogara la necesidad de convivir una vez más con mi familia.

Si fuera por mí, estaríamos en la cama porque apenas acabo de descubrir la química que tenemos allí también y puede que sea un poco codicioso con eso.

Entrelazo mis dedos en su cadera mientras mis brazos la rodean, sus manos enguantadas se envuelven alrededor de su taza y lleva la vista a los niños corriendo alrededor de Muérdago que parece bastante entretenido con ellos.

—Debería llevarlo al parque más seguido —comenta distraídamente mirando a nuestra mascota.

—¿Por qué?

—Míralo, es feliz con los niños, en el vecindario de nuestra casa no hay ninguno, tal vez si lo llevo al parque encontrará algunos que quieran jugar también —analiza antes de darle otro sorbo a su bebida.

—O podemos darle algunos niños para que juegue en casa —murmuro distraído e inocentemente, sus ojos se abren mucho antes de mirarme y se remueve a mi lado.

—¿Cómo…?

—No tan pronto, todavía somos jóvenes, pero ¿qué tal dentro de dos años? —Chloe entreabre los labios y luego los frunce mirando alrededor como si se lo imaginara antes de hablar:

—Tres —negocia.

—Tres años parece bie…

—No, tres niños. —Sacude la cabeza volviendo a mirarme. Levanto las cejas mientras la observo de vuelta—. Fue triste ser hija única.

—Bien, podemos tener tres. —Deslizo mis dedos bajo su barbilla —. Pero espero que el niño sea mayor.

—¿Cómo sabes que tendremos un niño?

—En mi familia siempre hay más niños que niñas, no creo que seamos la excepción a esa regla. —Ella ladea la cabeza, sopesando mi respuesta antes de volver a mirar a Muérdago.

—Bueno, podría ser. —Sonrío imaginándola.

Chloe siempre ha sido apegada a los niños, aunque no siempre se encuentra rodeada de ellos por lo pequeña que es su familia, sin embargo, con la mía disfruta de pasar tiempo con ellos.

E incluso si no es comparable, la devoción con la que cuida a su mascota es solo una cuarta parte de lo que sé que sería ella cuidando de un bebé.

Un bebé nuestro.

La miro atentamente por varios minutos mientras habla con mi hermana y luego con alguna de mis primas, yo solo puedo prestarle atención a ella.

Cuando solo faltan algunos minutos para la medianoche todos nos ponemos de pie para acercarnos a un puente cercano donde se pueden ver los fuegos artificiales que llenan el cielo en cuanto el reloj marca las doce.

Antes de que podamos acercarnos a los demás Muérdago viene hacia nosotros.

—¿Qué estás trayendo ahí? Ya viste que terminaste en el veterinario por estar comiendo cualquier cosa —lo regaña Chloe, inclinándose frente a él para retirar lo que sea que trae en la boca—. ¿Qué es esto?

—Muérdago. —Me rio y Chloe me mira frunciendo el ceño—. Es muérdago, Chloe. —Ella inspecciona las pequeñas frutas rojas y las hojas medio puntiagudas—. Creo que Muérdago quiere que sigamos la tradición.

—Él ya cumplió esa función —murmura, acariciando el pelaje oscuro de Muérdago antes de enderezarse para verme frunciendo el ceño.

—¿Sí? ¿Cuál es esa?

—El muérdago suele utilizarse para unir las parejas en un beso. Si Muérdago no se hubiera tragado ese alfiler y no se hubiera puesto mal ese día, simplemente yo nunca habría explotado sobre lo que sucedía con nosotros y no nos hubiéramos unido ahora —explica y yo solo puedo observarla.

—Así que él fue el Muérdago para nosotros.

—Lo fue, aunque parece que todavía quiere que el muérdago original haga su función. —Le da una breve mirada al cachorro que da vueltas alrededor de nuestras piernas y resopla, tomo el muérdago de su mano y río levantándolo sobre nuestras cabezas mientras llevo mis dedos bajo su barbilla para presionar mis labios sobre los suyos.

En cuánto lo hago el ruido se hace presente a nuestro alrededor: risas, aplausos, saludos y los fuegos artificiales lejanos en el cielo mientras acaricio su lengua con la mía.

Chloe suspira, presionando sus manos en mi pecho.

—¿Max?

—¿Sí, *mi vida*? —susurro sin querer salir de nuestra burbuja mientras escucho las felicitaciones entre los vecinos y mi familia.

—*Te amo.* —Algo cálido se extiende por mi pecho y presiono otro beso suave sobre sus labios.

—Yo también *te amo*, desde que te convertiste en mi mejor amiga hace tantos años, Chloe, nunca dejaste de ser la única mujer que me enseñó las emociones más bonitas. —Ella suspira y sus ojos se cristalizan—. *Feliz Año Nuevo, mi vida.*

—*Feliz Año Nuevo, mi amor*.

Sonrío ante esa forma de llamarme y ella se aleja para inclinarse hacia el cachorro que no se ha alejado de nosotros, le besa la cabeza y le acaricia entre las orejas

—Feliz año nuevo, bebé, gracias por ser travieso y cumplir la tradición.

Me río, inclinándome también para acariciar el pelaje oscuro del cachorro y murmurar:

—Feliz año nuevo, campeón, gracias por ser *el Muérdago que nos unió*.

Fin.

EPÍLOGO

Chloe Hazethorn



Cinco años después

—¿Qué estás haciendo?

—*Maeve* quiere hacer un ángel de nieve —responde Maxwell, sosteniendo a nuestra hija por la parte delantera de su abrigo para que no se hunda en la nieve.

Nuestra pequeña le sonríe con plena confianza a su padre y agita los brazos de arriba hacia abajo para formar las alas del ángel. Luego mueve las piernas para formar la túnica antes de que Maxwell la levante, abrazándola contra su pecho mientras le muestra su creación.

—¿Qué te parece, princesa?

—Lindo, papi. —Maxwell le besa la mejilla y le limpia los restos de nieve del abrigo.

—El angelito más lindo eres tú.

La sonrisa en mis labios amenaza con romper mis mejillas cuando ambos se acercan para evaluar mi muñeco de nieve mientras rompo una rama para colocársela a los extremos simulando los brazos.

—¿Qué te parece el muñeco de nieve de tu madre?

—Lindo, mami. —Sacudo la cabeza y le sonrío a nuestra hija antes de acomodar su gorro de lana sobre su cabello rubio y rizado.

Maeve Camille Densmore, de tres años, se remueve en los brazos de Maxwell para que le dejen en el suelo y entonces corre hacia Muérdago que se encuentra acostado en la entrada de la cabaña.

Venimos cada año a Lansville para las fiestas; se ha vuelto una tradición que no nos gusta explicar demasiado. Así que nuestras familias simplemente no entienden por qué decidimos alejarnos de todos para venir a enfrentar el invierno salvaje en la cabaña.

Cada vez que alguien dice que el matrimonio es difícil, tiene razón, pero suelen olvidarse de mencionar que se vuelve más llevadero cuando ambos ponen de su parte para hacerlo mejor cada día.

Después de nuestra primera Navidad juntos en esta cabaña, ambos hemos buscado la forma de hacerlo mejor día a día, y por eso hemos permanecido hasta ahora.

Se acabaron las noches solitarias, las mesas vacías, los silencios malinterpretados y el error de asumir lo que el otro está pensando.

Por supuesto, no es tan fácil como se pinta: a veces comunicarnos no funciona porque el otro no logra comprender lo que intentas decir, pero con el paso del tiempo la paciencia se convierte en tu aliada.

Sacudo la cabeza para hacer a un lado los pensamientos del pasado y desvío la vista hacia la entrada de la cabaña, donde Maeve intenta animar a Muérdago a jugar en la nieve.

A nuestra mascota le costó un poco adaptarse a la bebé hiperactiva que se unió a nuestra familia; su entorno siempre había estado lleno de adultos. Con Maeve ha tenido que desarrollar paciencia, al igual que yo.

—Maeve, cariño, Muérdago ya jugó mucho con nosotros —murmura Maxwell mientras se acerca para levantarla en sus brazos

—. ¿Qué tal si vamos a buscar madera para nuestra chimenea?

—¡Fuego!

—Por supuesto, revoltosa. —Maxwell la levanta por encima de su cabeza para sentarla en sus hombros y se alejan tarareando alguna canción infantil.

Yo me acerco a la entrada de la cabaña y acaricio el pelaje negro de Muérdago.

Muérdago es un perro grande y fuerte, pero ya tiene varios años por lo que ahora es más lento y aburrido que antes. Aun así, ha sido parte de nuestra familia desde que todo comenzó y, aunque todavía le queda tiempo con nosotros, no puedo evitar sentirme triste porque en algún momento nos dejará.

—Ya sé que odias que me ponga sentimental —le digo, acariciando detrás de sus orejas—. Pero eres tan importante para nosotros que necesito que juegues con todos nuestros hijos antes de irte.

Él se levanta para sacudirse la nieve de encima y luego presiona su hocico contra mi vientre casi plano todavía, pero es como si realmente recordara que le dije ayer que Maeve tendría un hermanito.

—No seas un soplón y espera a que se lo diga a Maxwell esta noche —reprocho, alejando su cabeza de mi vientre—. Tal vez ahora sí consiga cumplir la condición que existía según Maxwell —me burlo.

Por supuesto que para Maxwell fue extraño descubrir que nuestra primogénita no era un niño, como había sucedido en su familia por mucho tiempo. Pero nuestra pequeña Maeve no es menos amada por eso.

Maeve viene corriendo, trayendo pequeñas ramas como si se tratara de un gran peso en sus brazos.

—¡Mami, mira!

—¡Ajá! No sabía que tenía una bebé tan fuerte.

—Ya no soy una bebé —refunfuña, subiendo las escalinatas y dejando las ramas a mi lado.

—Lo siento. Pero sigues siendo la bebé de mami. —Tomo sus mejillas entre mis manos y ella suelta una risita cuando lleno sus mejillas frías de besos cálidos—. Entra, hace demasiado frío.

—Vamos, *dago.*

A pesar de no ser su nombre, Muérdago le obedece. Poniéndose de pie y entrando en la cabaña con ella, Maxwell aparece en mi campo de visión, trayendo varios troncos también.

—Insistió en que ella es lo suficientemente fuerte como para traer sus propias ramas.

—¿De quién estará heredando esa adicción al trabajo? —Maxwell rueda los ojos y pasa de mí hacia el interior de la cabaña.

Los sigo rápidamente.

La noche comienza a caer bastante temprano por lo que Maeve solo alcanza a ayudarnos a poner algunos adornos en el árbol antes de caer dormida en brazos de Maxwell que la lleva a su habitación.

Muérdago hace guardia en la puerta en cuanto sabe que ella está dormida.

Espero a Maxwell sentada sobre las mantas al lado del árbol, sosteniendo la pequeña caja blanca sobre mi regazo.

—¿Qué haces? —cuestiona al verme.

—Ven aquí, tengo un regalo.

—Todavía no es Navidad, mi vida.

—Lo sé, pero necesitas tener este regalo antes de Navidad —explico. Se acerca y se arrodilla frente a mí, espera hasta que decido hablar otra vez—: Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo, por amarme desde hace cinco años como tu esposa, desde hace diez años como tu prometida y desde hace casi veinte como tu amiga.

—Si nos hubiéramos conocido en la nada del universo antes de nacer, estoy seguro de que te habría amado también —susurra y levanta una mano para acariciar mi mejilla con su pulgar.

—Yo también lo creo. —Suelto una risita y tomo su mano para colocar la caja sobre ella—. Y porque te amo he dejado de tener miedo a cualquier cosa que tenga que ver con nosotros.

—Chloe…

—Ya no me asusta la idea de amarte, Maxwell —confieso en un susurro—. No me asusta sentir que nos pertenecemos, ni me asusta enfrentarme a las aventuras que nos trae la vida de casados.

—A mí tampoco —susurra y yo lo insto a abrir la pequeña caja con la ecografía y la prueba de embarazo positiva.

Cuando lo hace, le toma algunos segundos entender lo que está mirando y luego levanta la vista hacia mí.

—¿Estás…?

—Estoy embarazada —afirmo, sonriendo.

Por largos segundos él solo intercala la vista entre la caja y mi vientre como si necesitara más confirmaciones.

—Chloe, ¿estás…?

—Sí, mi amor.

—¡Dios! —Se pone de pie y me levanta en sus brazos, haciéndome gritar de sorpresa—. Te amo, te amo tanto.

—Lo sé, amor. —Acuno sus mejillas entre mis manos—. Tal vez ahora sí consigas a tu niño.

—No importa, otra niña, un niño o ambos. No me importa porque es nuestro, lo amaremos de todas formas.

—Lo haremos.

—¡Dios! No puedo amarte más, cariño —me río, enredando mis brazos y piernas a su alrededor.

—¿Eres feliz?

—Contigo a mi lado siempre soy feliz, Chloe Densmore. —Beso sus labios detenidamente—. ¿Eres feliz?

—Contigo, nuestros hijos y Muérdago estoy segura de que seré feliz hasta el último día de mi vida, Maxwell Densmore.

AGRADECIMIENTOS

A todas las lectoras que le han dado una oportunidad a este o cualquier otro de mis libros: gracias.

Cada voto, cada comentario y cada mensaje significa que he logrado una emoción en alguien allí afuera y a veces todavía me asombra lograr esto.

Gracias a Jeniffer (@Jenilvsbooks) porque si de ella dependiera todos mis libros estuvieran en físico para fotografiarlos.

Gracias a Ellyzabeth (@AllenaRoow) porque siempre me acompaña en mis delirios de escribir «especiales cortos» que terminan siendo largos.

A todas las amigas y autoras que me han ayudado y acompañado en el camino.

A Aixa por embarcarse conmigo en la corrección de esta historia que vio la luz por primera vez en 2023 (así que los errores eran bastantes)

A cada lectora que ha recomendado mis historias a sus amigas, a quienes han creado contenido para impulsar la difusión de la historia, en especial a Llarys (@Llarysbooks) a Mich (@iammichbooks) y muchísimas más.

Por último, muchísimas gracias a cada persona que hizo posible este libro.

Desde una parte especial de mi corazón: muchas gracias.

ACERCA DE LA AUTORA



Escritora introvertida que nació en la República Dominicana. Estudiante de números que ama las letras y quedarse en casa escribiendo o leyendo en lugar de salir.

Cuando no conocía Wattpad escribía romances cursis en sus cuadernos que solo sus hermanas leían hasta que encontró la plataforma que la conectaría con miles de lectoras con sus mismos gustos por este género.

Fanática de leer y escribir libros con cliché rosa y finales tan felices como predecibles.

Cuando no está estudiando, trabajando o creando nuevos tableros en Pinterest, está escribiendo alguna historia cursi para compartirlo con sus lectoras.